

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LXI, número 19 (2.867)

Ciudad del Vaticano

10 de mayo de 2024

Tiempo de paz para el mundo

El papa Francisco presentó el jueves 9 de mayo, en una ceremonia en el atrio de la basílica de San Pedro, la bula de convocación del Jubileo ordinario de 2025 y en la que expresa distintos llamamientos por la paz, en favor de los inmigrantes, los presos, los enfermos y los ancianos, además de pedir que se condone la deuda a los países más pobres. El Pontífice ha dispuesto que la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro se abra el 24 de diciembre de 2024, dando así inicio al Jubileo Ordinario, que concluirá con el cierre de la Puerta el 6 de enero de 2026, solemnidad de la Epifanía del Señor.

Bula de convocación del Jubileo Ordinario del Año 2025 (páginas 4-11)

Entrevista al padre custodio de Tierra Santa

Se necesita un liderazgo que trabaje para la reconciliación

ANDREA TORNIELLI EN PÁGINAS 10-11

Agradecimiento del Papa al Cuerpo de la Guardia Suiza Pontificia

Buenas relaciones son el camino hacia el crecimiento y la madurez

PÁGINAS 14-15

Palabras en el camino: "Encontrar", en el sexto episodio del programa Parole in cammino de la Radio Vaticana

El absoluto se juega en la proximidad

ÁNDREA MONDA EN PÁGINA 16

En el Regina Caeli el Papa lanza un nuevo llamamiento por la paz en Ucrania, Palestina e Israel

No a la guerra, sí al diálogo

Y dirige sus mejores deseos a las comunidades orientales que celebran la Pascua

“¡No a la guerra, sí al diálogo!”: éste fue el deseo del Papa al final del Regina Caeli del 5 de mayo, al pedir una vez más la paz para “la martirizada Ucrania y también para Palestina e Israel”. Hablando a mediodía desde la ventana del Estudio Privado del Palacio Apostólico Vaticano, el Pontífice introdujo el rezo de la oración mariana con los fieles presentes en la Plaza de San Pedro comentando, como es habitual, el Evangelio del domingo. Publicamos, a continuación, sus palabras, inspiradas en el Evangelista Juan (15,15), que relata las palabras de Jesús a los Apóstoles: “Ya no os llamo siervos, sino amigos”.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy el Evangelio nos cuenta que Jesús dijo a los Apóstoles: «Ya no los llamo siervos, sino amigos» (cf. Jn 15,15). ¿Qué significa esto?

En la Biblia, los «siervos» de Dios son personas especiales, a las que Dios confía misiones importantes, como Moisés (cf. Ex 14,31), el rey David (cf. 2 Sam 7,8), el profeta Elías (cf. 1 Re 18,36), hasta la Virgen María (cf. Lc 1,38). Son personas en cuyas manos Dios pone sus tesoros (cf. Mt 25,21). Pero todo esto, según Jesús, no basta para decir quiénes somos para Él, esto no basta, se necesita algo más, algo más grande, que va más allá de los bienes y de los planes mismos: se necesita la amistad.

Ya desde niños aprendemos lo hermosa que es esta experiencia: a los amigos les ofrecemos nuestros juguetes y los regalos más hermosos; luego, al crecer, como adolescentes, les confiamos nuestros primeros secretos; como jóvenes les ofrecemos lealtad; como adultos compartimos satisfacciones y preocupaciones; como ancianos compartimos los recuerdos, las consideraciones y los silencios de largos días. La Palabra de Dios, en el Libro de los Proverbios, nos dice que «el perfume y el incienso alegran el corazón, y la dulzura de un amigo consuela el alma» (27,9). Pensemos por un momento en nuestros amigos, en nuestras amigas, ¡y demos gracias al Señor! Un espacio para pensar en ellos...

La amistad no es fruto del cálculo, ni de constricción: nace espontáneamente cuando reconocemos algo de nosotros mismos en la otra persona. Y, si es verdadera, la

amistad es tan fuerte que no decae ni siquiera ante la traición. «El amigo ama en toda ocasión» (Pr 17,17) -dice el Libro de los Proverbios-, como nos muestra Jesús cuando a Judas, que lo traiciona con un beso, le dice: «¡Amigo, para eso estás aquí!» (Mt 26,50). Un verdadero amigo no te abandona, ni siquiera cuando cometes un error: te corrige, puede reprenderte, pero te perdona y no te abandona.

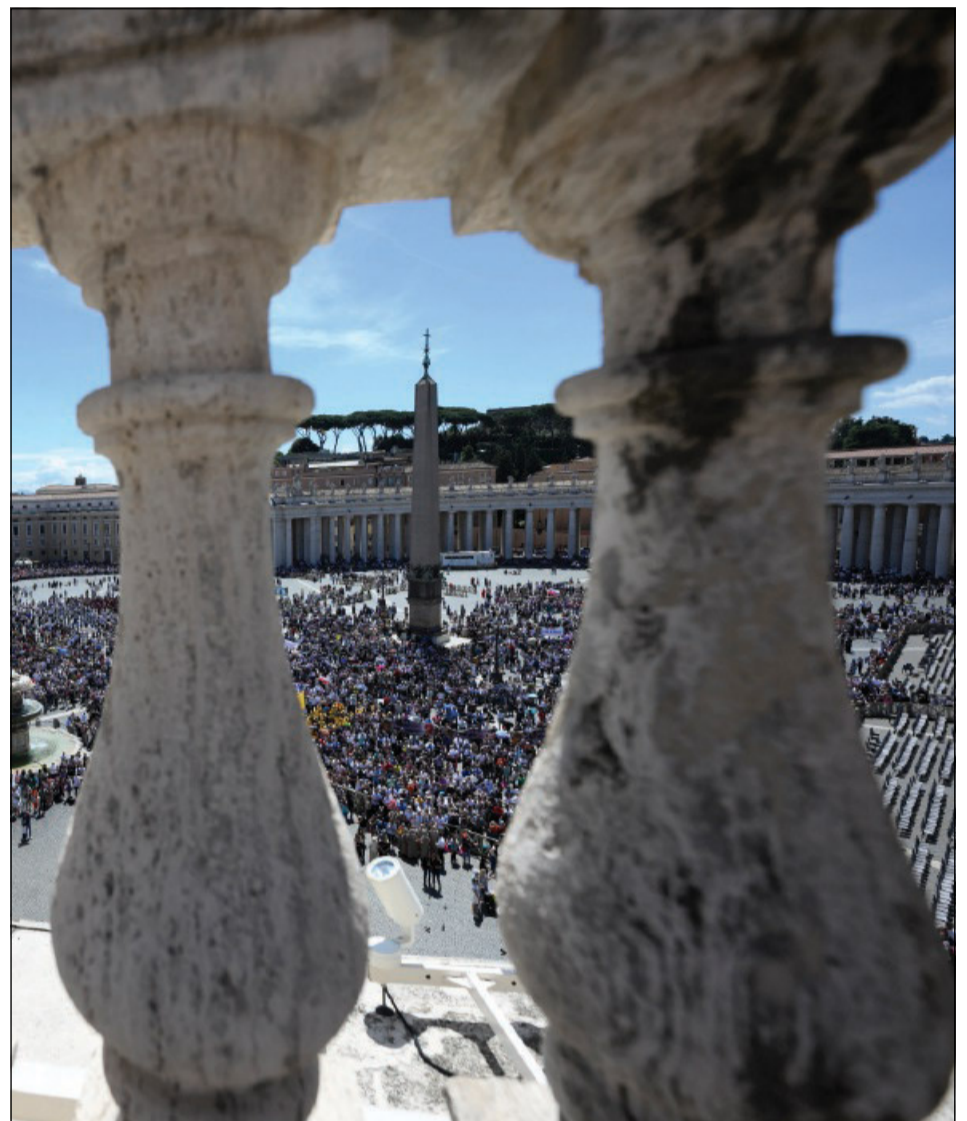
Y hoy Jesús, en el Evangelio, nos dice que para Él somos precisamente eso, amigos: personas queridas más allá de todo mérito y expectativa, a las que Él tiende la mano y ofrece su amor, su Gracia, su Palabra; con las que - con nosotros, sus amigos - comparte lo que le es más querido, todo lo que ha escuchado del Padre (cf. Jn 15,15). Hasta el punto de hacerse frágil para nosotros, hasta ponerse en nuestras manos sin defensa ni pretensiones, porque nos ama. El Señor nos quiere, y como amigo quiere nuestro bien y quiere que participemos del suyo.

Preguntemonos, entonces: ¿qué rostro tiene el Señor para mí? ¿El rostro de un amigo o el de un extraño? ¿Me siento amado por Él como un ser querido? ¿Y cuál es el rostro de Jesús que testimonio a los demás, especialmente a los que cometen errores y necesitan perdón?

Que María nos ayude a crecer en la amistad con su Hijo y a difundirla a nuestro alrededor.

Tras el Regina Caeli, el Papa dirigió su saludo a las comunidades orientales que celebraban el día anterior la Pascua, según el calendario juliano. A continuación, recordó las inundaciones que asolaron el estado brasileño de Rio Grande do Sul y saludó a los presentes, entre los que se encontraban los Guardias Suizos y sus familias, con motivo de la fiesta del histórico cuerpo, y la Asociación “Meter”, comprometida en la lucha contra los abusos a menores. Por último, relanzó el llamamiento a la paz para las poblaciones en guerra.

¡Queridos hermanos y hermanas! Con mucho cariño envío mis mejores deseos a los hermanos y hermanas de las Iglesias ortodoxas y de algunas Iglesias católicas orientales que hoy, según el calendario juliano, celebran la santa Pascua. Que el Señor resucitado llene de alegría y de paz a todas



las comunidades, y conforte a los que están en la prueba. A ellos, ¡Feliz Pascua!

Aseguro mis oraciones por el pueblo del Estado de Rio Grande do Sul, Brasil, afectado por grandes inundaciones. Que el Señor acoja a los difuntos y conforte a sus familias y a quienes han tenido que abandonar sus hogares.

Saludo a los fieles de Roma y de diversas partes de Italia y del mundo, en particular a los peregrinos procedentes de Texas, de la arquidiócesis de Chicago y de Berlín; a los estudiantes del colegio Saint-Jean de Passy de París y al grupo Human Life International. Saludo a los jóvenes de Certaldo y Lainate; a los fieles de Ancona y Rossano Cariatì; a los chicos de confirmación de Cassano D'Adda, de la Unidad pastoral de Tesino y de la parroquia de S. Maria del Rosario de Roma. Y saludo y agradezco mucho a las bandas musicales de varias partes de Italia: gracias a ustedes, que tocaron tan bien, y espero que sigan tocando un poco más. ¡Gracias! Saludo al grupo «Francigeni

Monteviale»; así como a los ciudadanos de Livorno y Collesalveti, que desde hace tiempo esperan la recuperación de las zonas más contaminadas, recemos por ellos. Saludo cordialmente a los nuevos Guardias Suizos y a sus familias, con ocasión de la celebración de este histórico y benemérito Cuerpo. ¡Un aplauso para los Guardias Suizos!

Doy la bienvenida a la Asociación «Meter», comprometida en la lucha contra todas las formas de abuso de menores. ¡Gracias, gracias por su compromiso! Y, por favor, continúen con valentía su importante labor.

Y, por favor, sigan rezando por la atormentada Ucrania - ¡sufre tanto! - y también por Palestina e Israel, para que haya paz, para que el diálogo se fortalezca y dé buenos frutos. ¡No a la guerra, sí al diálogo!

Deseo a todos un buen domingo. Por favor, no se olviden de rezar por mí.

Saludo a los chicos de la Inmaculada, tan buenos. Buen almuerzo y ¡hasta la vista!

A la Fundación Blanquerna - Universitat Ramon Llull de Barcelona

Formar personas, no réplicas de ideales imposibles

“Formamos hombres y mujeres cabales, no réplicas ilusorias de ideales imposibles”: así se expresó el Papa Francisco al saludar a los miembros de la Fundación Blanquerna - Universitat Ramon Llull de la Archidiócesis de Barcelona, recibidos en audiencia la mañana del viernes 3 de mayo en la Biblioteca Privada del Palacio Apostólico Vaticano. Publicamos, a continuación, las palabras pronunciadas por el Pontífice.

Querido hermano, queridos amigos:

Estoy contento de saludarlos de nuevo, algunos de ustedes ya estuvieron aquí para el encuentro de la Federación de Universidades Católicas, ya conocen el camino, son casi de casa. Me llamó mucho la atención su nombre: Blanquerna, este ilustre personaje literario del que se sirve el beato Ramon Llull para hacer una precisa descripción de la sociedad de su tiempo. A la vez el filósofo intenta dar, de forma pedagógica, unos modelos de vida cristiana que puedan servir a cualquier persona para seguir a Cristo, donde Él lo llame.

Y todo esto es una lección de una actualidad asombrosa, ya que nos habla de un lenguaje nuevo y accesible, una manera de comunicar tal vez inusual para la época, pero agradable y clara para sus contemporáneos. Una pedagogía que se aleja de los héroes fantásticos que buscan evadirnos de nuestra realidad, como eran entonces los personajes caballerescos y, por el contrario, nos propone modelos de vida sencillos, modelos de vida naturales, en los que poder servir al Señor y ser felices. Cuánto dolor y frustración producen en la

actualidad, incluso más que en tiempos del beato, los estereotipos inalcanzables que nos pretenden imponer los mercados y los grupos de presión. Qué gran tarea descubrir a los jóvenes el proyecto de Dios para cada uno de ellos.

Vuestra fundación, y la entera Universidad Ramon Llull, al tomar este nombre, asume este ilusionante compromiso. En primer lugar, trabajando por devolver a la familia a su primigenia vocación en la sociedad, a ejemplo de los padres de nuestro protagonista. De igual modo, ofreciendo a los jóvenes distintos caminos de vida, que como las etapas que va completando nuestro personaje, les ayuden a superar los desafíos que esta les presente. Y también creando la certeza de que los pasos del héroe cristiano no están marcados por el afán de carrerismo, sino son respuesta a una llamada. El carrerismo hace tanto daño, tanto daño, porque no es comunitario, es individualista, y eso hace daño.

Presentando con valentía que el ser requerido en cargos de cada vez más responsabilidad debe ser el resultado de una excelencia en el servicio hasta ahora confiado

Y, sobre todo, enseñándoles que, una vez cumplida su tarea, como nuestro protagonista, aun cuando se haya llegado al Supremo Pontificado, el cristiano debe tender al encuentro con el Señor, a la dedicación plena al servicio divino. O sea, siempre, en la base está el bautismo que te ha hecho cristiano y estás donde estés, eres un bautizado, eres una bautizada que tiene que responder allí y no des-

que intentan dar lo mejor de sí en el servicio al que Dios los llame, sabiendo que son peregrinos, que en realidad todo es camino hacia una meta que supera esta realidad, el encuentro del amigo con el amado, en ese amor que derramado en nuestros corazones nos da la fuerza de avanzar.

Al final del libro, el beato Llull nos propone una meditación diaria, escogí la número 124 que por

Presentando con valentía que el ser requerido en cargos de cada vez más responsabilidad debe ser el resultado de una excelencia en el servicio hasta ahora confiado

de los escalafones a los que uno puede llegar en la vida.

Esta es la idea que me gustaría que ustedes llevarsen de vuelta a su Universidad y a los demás proyectos educativos que promocionan. Formar, sí, con un lenguaje actual, moderno, ágil, pedagógico, con un análisis certero de la realidad; pero —siempre hay un “pero” en la vida— teniendo en cuenta que formamos hombres y mujeres cabales, no réplicas ilusorias de ideales imposibles. Me permito, por ejemplo, mencionar algunas universidades que he conocido en América demasiado liberales que sólo buscan formar técnicos y especialistas. Se olvidan que tienen que formar hombres y mujeres, personas íntegras

ser bisiesto correspondería idealmente al día de hoy. Dice así: «Preguntaron al Amigo cuáles eran las mayores tinieblas. Respondió que la ausencia de su Amado; y preguntado cuál era el resplandor mayor, dijo que la presencia de su Amado». Este es mi deseo para ustedes, que puedan iluminar las vidas de sus alumnos con la presencia de Jesús, que esta certeza los haga conscientes de su dignidad de amigos, de Dios y de los hombres, y que sean capaces de disipar las tinieblas que recubren este mundo alejado de su verdadera esencia. Que Jesús los bendiga, que la Virgen santa los cuide, y por favor no se olviden de rezar por mí, pero a favor, no en contra.



Hacia el Jubileo - Bula de convocación del Jubileo Ordinario del Año 20

Spes non confundit



FRANCESCO
OBISPO DE ROMA
SIERVO DE LOS
A CUANTOS LEAN
ESTA CARTA
LA ESPERANZA LES COLME
EL CORAZÓN

1. «*Spes non confundit*», «la esperanza no defrauda» (*Rm 5,5*). Bajo el signo de la esperanza el apóstol Pablo infundía aliento a la comunidad cristiana de Roma. La esperanza también constituye el mensaje central del próximo Jubileo, que según una antigua tradición el Papa convoca cada veinticinco años. Pienso en todos los *peregrinos de esperanza* que llegarán a Roma para vivir el Año Santo y en cuantos, no pudiendo venir a la ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo, lo celebrarán en las Iglesias particulares. Que pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, «puerta» de salvación (cf. *Jn 10,7-9*); con Él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como «nuestra esperanza» (*1 Tm 1,1*).

Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea para todos ocasión de reavivar la esperanza. La Palabra de Dios nos ayuda a encontrar sus razones. Dejémosnos conducir por lo que el apóstol Pablo escribió precisamente a los cristianos de Roma.

Una Palabra de esperanza

2. «Justificados, entonces, por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. [...] Y la esperanza no quedará defraudada, porque el

amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (*Rm 5,1-2.5*). Los puntos de reflexión que aquí nos propone san Pablo son múltiples. Sabemos que la Carta a los Romanos marca un paso decisivo en su actividad de evangelización. Hasta ese momento la había realizado en el área oriental del Imperio y ahora lo espera Roma, con todo lo que esta representa a los ojos del mundo: un gran desafío, que debe afrontar en nombre del anuncio del Evangelio, el cual no conoce barreras ni confines. La Iglesia de Roma no había sido fundada por Pablo, pero él sentía vivo el deseo de llegar allí pronto para llevar a todos el Evangelio de Jesucristo, muerto y resucitado, como anuncio de la esperanza que realiza las promesas, conduce a la gloria y, fundamentada en el amor, no defrauda.

3. La esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida» (*Rm 5,10*). Y su vida se manifiesta en nuestra vida de fe, que empieza con el Bautismo; se desarrolla en la docilidad a la gracia de Dios y, por tanto, está animada por la esperanza, que se renueva siempre y se hace inquebrantable por la acción del Espíritu Santo.

En efecto, el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino: «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? [...] Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó. Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (*Rm 8,35-37-39*). He aquí porqué esta esperanza no cede ante las dificultades: porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad, y de este modo hace posible que sigamos adelante en la vida. San Agustín escribe al respecto: «Nadie, en efecto, vive en cual-



quier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar».¹

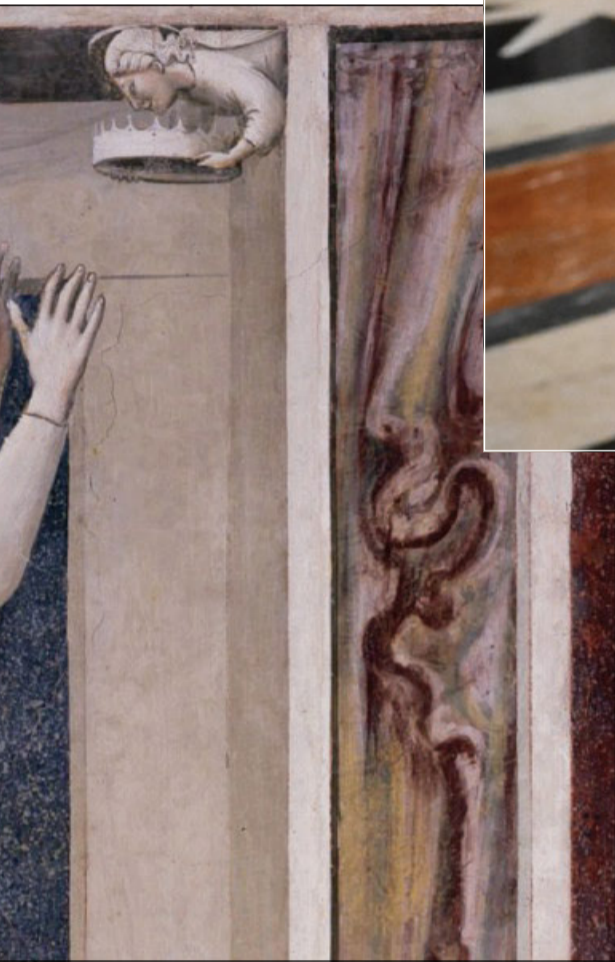
4. San Pablo es muy realista. Sabe que la vida está hecha de alegrías y dolores, que el amor se pone a prueba cuando aumentan las dificultades y la esperanza parece derrumbarse frente al sufrimiento. Con todo, escribe: «Más aún, nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce la constancia; la constancia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza» (*Rm 5,3-4*). Para el Apóstol, la tribulación y el sufrimiento son las condiciones propias de los que anuncian el Evangelio en contextos de incompreensión y de persecución (cf. *2 Co 6,3-10*). Pero en tales situaciones, en medio de la oscuridad se percibe una luz; se descubre cómo lo que sostiene la evangelización es la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo. Y eso lleva a desarrollar una virtud estrechamente relacionada con la esperanza: la *paciencia*. Estamos acostumbrados a quererlo todo y de inmediato, en un mundo donde la prisa se ha convertido en una constante. Ya no se tiene tiempo para encontrarse, y a menudo incluso en las familias se vuelve difícil reunirse y conversar con tranquilidad. La paciencia ha sido relegada por la prisa, ocasionando un daño grave a las personas. De hecho, ocupan su lugar la intolerancia, el nerviosismo y a veces la violencia gratuita, que provocan insatisfacción y cerrazón.

Asimismo, en la era del *internet*, donde

el espacio y el tiempo son suplantados por el «aquí y ahora», la paciencia resulta extraña. Si aun fuésemos capaces de contemplar la creación con asombro, comprenderíamos cuán esencial es la paciencia. Aguardar el alternarse de las estaciones con sus frutos; observar la vida de los animales y los ciclos de su desarrollo; tener los ojos sencillos de san Francisco que, en su *Cántico de las criaturas*, escrito hace 800 años, veía la creación como una gran familia y llamaba al sol «hermano» y a la luna «hermana»². Redescubrir la paciencia hace mucho bien a uno mismo y a los demás. San Pablo recurre frecuentemente a la paciencia para subrayar la importancia de la perseverancia y de la confianza en aquello que Dios nos ha prometido, pero sobre todo testimonia que Dios es paciente con nosotros, porque es «el Dios de la constancia y del consuelo» (*Rm 15,5*). La paciencia, que también es fruto del Espíritu Santo, mantiene viva la esperanza y la consolida como virtud y estilo de vida. Por lo tanto, aprendamos a pedir con frecuencia la gracia de la paciencia, que es hija de la esperanza y al mismo tiempo la sostiene.

Un camino de esperanza

5. Este entretreído de esperanza y paciencia muestra claramente cómo la vida cristiana es *un camino*, que también necesita *momentos fuertes* para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús. Me agrada pensar que



fue justamente un itinerario de gracia, animado por la espiritualidad popular, el que precedió la convocación del primer Jubileo en el año 1300. De hecho, no podemos olvidar las distintas formas por medio de las cuales la gracia del perdón ha sido derramada con abundancia sobre el santo Pueblo fiel de Dios. Recordemos, por ejemplo, el gran “perdón” que san Celestino V quiso conceder a cuantos se dirigían a la Basílica Santa María de Collemaggio, en L’Aquila, durante los días 28 y 29 de agosto de 1294, seis años antes de que el Papa Bonifacio VIII instituyese el Año Santo. Así pues, la Iglesia ya experimentaba la gracia jubilar de la misericordia. E incluso antes, en el año 1216, el Papa Honorio III había acogido la súplica de san Francisco que pedía la indulgencia para cuantos fuesen a visitar la Porciúncula durante los dos primeros días de agosto. Lo mismo se puede afirmar para la peregrinación a Santiago de Compostela; en efecto, el Papa Calixto II, en 1122, concedió que se celebrara el Jubileo en ese Santuario cada vez que la fiesta del apóstol Santiago coincidiese con el domingo. Es bueno que esa modalidad “extendida” de celebraciones jubilares continúe, de manera que la fuerza del perdón de Dios sostenga y acompañe el camino de las comunidades y de las personas. No es casual que la peregrinación exprese un elemento fundamental de todo acontecimiento jubilar. Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el re-

descubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial. También el año próximo los peregrinos de esperanza recorrerán caminos antiguos y modernos para vivir intensamente la experiencia jubilar. Además, en la misma ciudad de Roma habrá otros itinerarios de fe que se añadirán a los ya tradicionales de las catacumbas y las siete iglesias. Transitar de un país a otro, como si se superaran las fronteras, pasar de una ciudad a la otra en la contemplación de la creación y de las obras de arte permitirá atesorar experiencias y culturas diferentes, para conservar dentro de sí la belleza que, armonizada por la oración, conduce a agradecer a Dios por las maravillas que Él realiza. Las iglesias jubilares, a lo largo de los itinerarios y en la misma Urbe, podrán ser oasis de espiritualidad en los cuales revitalizar el camino de la fe y beber de los manantiales de la esperanza, sobre todo acercándose al sacramento de la Reconciliación, punto de partida insustituible para un verdadero camino de conversión. Que en las Iglesias particulares se cuide de modo especial la preparación de los sacerdotes y de los fieles para las confesiones y el acceso al sacramento en su forma individual. A los fieles de las Iglesias orientales, en especial a aquellos que ya están en plena comunión con el Sucesor de Pedro, quiero dirigir una invitación particular a esta peregrinación. Ellos, que han sufrido tanto por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia, muchas veces hasta la muerte, deben sentirse especialmente bienvenidos a esta Roma que es Madre también para ellos y que custodia tantas memorias de su presencia. La Iglesia católica, que está enriquecida por sus antiquísimas liturgias, por la teología y la espiritualidad de los Padres, monjes y teólogos, quiere expresar simbólicamente la acogida a ellos y a sus hermanos y hermanas ortodoxos, en una época en la que ya están viviendo la peregrinación del Vía crucis; con la que frecuentemente son obligados a dejar sus tierras de origen, sus tierras santas, de las que la violencia y la inestabilidad los expulsan hacia países más

seguros. Para ellos la experiencia de ser amados por la Iglesia —que no los abandonará, sino que los seguirá adondequiera que vayan— hace todavía más fuerte el signo del Jubileo. 6. El Año Santo 2025 está en continuidad con los acontecimientos de gracia precedentes. En el último Jubileo ordinario se cruzó el umbral de los dos mil años del nacimiento de Jesucristo. Luego, el 13 de marzo de 2015, convoqué un Jubileo extraordinario con la finalidad de manifestar y facilitar el encuentro con el “Rostro de la misericordia” de Dios³, anuncio central del Evangelio para todas las personas de todos los tiempos. Ahora ha llegado el momento de un nuevo Jubileo, para abrir de par en par la Puerta Santa una vez más y ofrecer la experiencia viva del amor de Dios, que suscita en el corazón la esperanza cierta de la salvación en Cristo. Al mismo tiempo, este Año Santo orientará el camino hacia otro aniversario fundamental para todos los cristianos: en el 2033 se celebrarán los dos mil años de la Redención realizada por medio de la pasión, muerte y resurrección del Señor Jesús. Nos encontramos así frente a un itinerario marcado por grandes etapas, en las que la gracia de Dios precede y acompaña al pueblo que camina entusiasta en la fe, diligente en la caridad y perseverante en la esperanza (cf. 1 Ts 1,3). Apoyado en esta larga tradición y con la certeza de que este Año jubilar será para toda la Iglesia una intensa experiencia de gracia y de esperanza, dispongo que la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, se abra a partir del 24 de diciembre del corriente año 2024, dando inicio así al Jubileo ordinario. El domingo sucesivo, 29 de diciembre de 2024, abriré la Puerta Santa de la Catedral de San Juan de Letrán, que el 9 de noviembre de este año celebrará los 1700 años de su dedicación. A continuación, el 1 de enero de 2025, solemnidad de Santa María, Madre de Dios, se abrirá la Puerta Santa de la Basílica papal de Santa María la Mayor. Y, por último, el domingo 5 de enero se abrirá la

Puerta Santa de la Basílica papal de San Pablo extramuros. Estas últimas tres Puertas Santas se cerrarán el domingo 28 de diciembre del mismo año. Establezco además que el domingo 29 de diciembre de 2024, en todas las catedrales y concatedrales, los obispos diocesanos celebren la Eucaristía como apertura solemne del Año jubilar, según el Ritual que se preparará para la ocasión. En el caso de la celebración en una iglesia concatedral el obispo podrá ser sustituido por un delegado designado expresamente para ello. Que la peregrinación desde una iglesia elegida para la *collectio*, hacia la catedral, sea el signo del camino de esperanza que, iluminado por la Palabra de Dios, une a los creyentes. Que en ella se lean algunos pasajes del presente Documento y se anuncie al pueblo la indulgencia jubilar, que podrá obtenerse según las prescripciones contenidas en el mismo Ritual para la celebración del Jubileo en las Iglesias particulares. Durante el Año Santo, que en las Iglesias particulares finalizará el domingo 28 de diciembre de 2025, ha de procurarse que el Pueblo de Dios acoja, con plena participación, tanto el anuncio de esperanza de la gracia de Dios como los signos que atestiguan su eficacia. El Jubileo ordinario se clausurará con el cierre de la Puerta Santa de la Basílica papal de San Pedro en el Vaticano el 6 de enero de 2026, Epifanía del Señor. Que la luz de la esperanza cristiana pueda llegar a todas las personas, como mensaje del amor de Dios que se dirige a todos. Y que la Iglesia sea testigo fiel de este anuncio en todas partes del mundo.

Signos de esperanza

7. Además de alcanzar la esperanza que nos da la gracia de Dios, también estamos llamados a redescubrirla en los *signos de los tiempos* que el Señor nos ofrece. Como afirma el Concilio Vaticano II, «es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del

Hacia el Jubileo - Bula de convocación del Jubileo Ordinario del Año 20

Spes non confundit

VIENE DE LA PÁGINA 5

Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas». ⁴ Por ello, es necesario poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia. En este sentido, los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza.

8. Que el primer signo de esperanza se traduzca en *paz* para el mundo, el cual vuelve a encontrarse sumergido en la tragedia de la *guerra*. La humanidad, desmemoriada de los dramas del pasado, está sometida a una prueba nueva y difícil cuando ve a muchas poblaciones oprimidas por la brutalidad de la violencia. ¿Qué más les queda a estos pueblos que no hayan sufrido ya? ¿Cómo es posible que su grito desesperado de auxilio no impulse a los responsables de las Naciones a querer poner fin a los numerosos conflictos regionales, conscientes de las consecuencias que puedan derivarse a nivel mundial? ¿Es demasiado soñar que las armas callen y dejen de causar destrucción y muerte? Dejemos que el Jubileo nos recuerde que los que «trabajan por la paz» podrán ser «llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). La exigencia de paz nos interpela a todos y urge que se lleven a cabo proyectos concretos. Que no falte el compromiso de la diplomacia por construir con valentía y creatividad espacios de negociación orientados a una paz duradera.

9. Mirar el futuro con esperanza también equivale a tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los demás. Sin embargo, debemos constatar con tristeza que en muchas situaciones falta esta perspectiva. La primera consecuencia de ello es la *pérdida del deseo de transmitir la vida*. A causa de los ritmos frenéticos de la vida, de los temores ante el futuro, de la falta de garantías laborales y tuteladas sociales adecuadas, de modelos sociales cuya agenda está dictada por la búsqueda de beneficios más que por el cuidado de las relaciones, se asiste en varios países a una preocupante *disminución de la natalidad*. Por el contrario, en otros contextos, «culpar al aumento de la población y no al consumismo extremo y selectivo de algunos es un modo de no enfrentar los problemas». ⁵

La apertura a la vida con una maternidad y paternidad responsables es el proyecto que el Creador ha inscrito

en el corazón y en el cuerpo de los hombres y las mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor. Es urgente que, además del compromiso legislativo de los estados, haya un apoyo convencido por parte de las comunidades creyentes y de la comunidad civil tanto en su conjunto como en cada uno de sus miembros, porque *el deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas*, como fruto de la fecundidad de su amor, da una perspectiva de futuro a toda sociedad y es un motivo de esperanza: porque depende de la esperanza y produce esperanza.

La comunidad cristiana, por tanto, no se puede quedar atrás en su apoyo a la necesidad de una *alianza social para la esperanza*, que sea inclusiva y no ideológica, y que trabaje por un porvenir que se caracterice por la sonrisa de muchos niños y niñas que vendrán a llenar las tantas cunas vacías que ya hay en numerosas partes del mundo. Pero todos, en realidad, necesitamos recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26), no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocrementemente, amoldándose al momento presente y dejándose satisfacer solamente por realidades materiales. Eso nos encierra en el individualismo y corroe la esperanza, generando una tristeza que se anida en el corazón, volviéndonos desagradables e intolerantes.

10. En el Año jubilar estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria. Pienso en los *presos* que, privados de la libertad, experimentan cada día —además de la dureza de la reclusión— el vacío afectivo, las restricciones impuestas y, en bastantes casos, la falta de respeto. Propongo a los gobiernos del mundo que en el Año del Jubileo se asuman iniciativas que devuelvan la esperanza; formas de amnistía o de condonación de la pena orientadas a ayudar a las personas para que recuperen la confianza en sí mismas y en la sociedad; itinerarios de reinserción en la comunidad a los que corresponda un compromiso concreto en la observancia de las leyes.

Es una exhortación antigua, que surge de la Palabra de Dios y permanece con todo su valor sapiencial cuando se convoca a tener actos de clemencia y de liberación que permitan volver a empezar: «Así santificarán el quincuagésimo año, y proclamarán una liberación para todos los habitantes del país» (Lv 25,10). El profeta Isaías retoma lo establecido por la Ley mosaica: el Señor «me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos, a proclamar la

liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del Señor» (Is 61,1-2). Estas son las palabras que Jesús hizo suyas al comienzo de su ministerio, declarando que él mismo era el cumplimiento del «año de gracia del Señor» (cf. Lc 4,18-19). Que en cada rincón de la tierra, los creyentes, especialmente los pastores, se hagan intérpretes de tales peticiones, formando una sola voz que reclame con valentía condiciones dignas para los reclusos, respeto de los derechos humanos y sobre todo la abolición de la pena de muerte, recurso que para la fe cristiana es inadmisibles y aniquila toda esperanza de perdón y de renovación. ⁶ Para ofrecer a los presos un signo concreto de cercanía, deseo abrir yo mismo una Puerta Santa en una cárcel, a fin de que sea para ellos un símbolo que invita a mirar al futuro con esperanza y con un renovado compromiso de vida.

11. Que se ofrezcan signos de esperanza a los *enfermos* que están en sus casas o en los hospitales. Que sus sufrimientos puedan ser aliviados con la cercanía de las personas que los visitan y el afecto que reciben. Las obras de misericordia son igualmente obras de esperanza, que despiertan en los corazones sentimientos de gratitud. Que esa gratitud llegue también a todos los agentes sanitarios que, en condiciones no pocas veces difíciles, ejercitan su misión con cuidado solícito hacia las personas enfermas y más frágiles.

Que no falte una atención inclusiva hacia cuantos hallándose en condiciones de vida particularmente difíciles experimentan la propia debilidad, especialmente a los afectados por patologías o discapacidades que limitan notablemente la autonomía personal. Cuidar de ellos es un himno a la dignidad humana, un canto de esperanza que requiere acciones concertadas por toda la sociedad.

12. También necesitan signos de esperanza aquellos que en sí mismos la representan: los *jóvenes*. Ellos, lamentablemente, con frecuencia ven que sus sueños se derrumban. No podemos decepcionarlos; en su entusiasmo se fundamenta el porvenir. Es hermoso verlos liberar energías, por ejemplo cuando se entregan con tesón y se comprometen voluntariamente en las situaciones de catástrofe o de inestabilidad social. Sin embargo, resulta triste ver jóvenes sin esperanza. Por otra parte, cuando el futuro se vuelve incierto e impermeable a los sueños; cuando los estudios no ofrecen oportunidades y la falta de trabajo o de una ocupación suficientemente estable amenazan con destruir los deseos, entonces es inevitable que el presente se viva en la melancolía y el aburri-



miento. La ilusión de las drogas, el riesgo de caer en la delincuencia y la búsqueda de lo efímero crean en ellos, más que en otros, confusión y oscurecen la belleza y el sentido de la vida, abatiéndolos en abismos oscuros e induciéndolos a cometer gestos autodestructivos. Por eso, que el Jubileo sea en la Iglesia una ocasión para estimularlos. Ocupémonos con ardor renovado de los jóvenes, los estudiantes, los novios, las nuevas generaciones. ¡Que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo!

13. No pueden faltar signos de esperanza hacia los *migrantes*, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias. Que sus esperanzas no se vean frustradas por prejuicios y cerrazones; que la acogida, que abre los brazos a cada uno en razón de su dignidad, vaya acompañada por la responsabilidad, para que a nadie se le niegue el derecho a construir un futuro mejor. Que a los nu-



merosos *exiliados, desplazados y refugiados*, a quienes los conflictivos sucesos internacionales obligan a huir para evitar guerras, violencia y discriminaciones, se les garantice la seguridad, el acceso al trabajo y a la instrucción, instrumentos necesarios para su inserción en el nuevo contexto social.

Que la comunidad cristiana esté siempre dispuesta a defender el derecho de los más débiles. Que generosamente abra de par en par sus acogedoras puertas, para que a nadie le falte nunca la esperanza de una vida mejor. Que resuene en nuestros corazones la Palabra del Señor que, en la parábola del juicio final, dijo: «estaba de paso, y me alojaron», porque «cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,35-40).

14. Signos de esperanza merecen los *ancianos*, que a menudo experimentan soledad y sentimientos de abandono. Valorar el tesoro que son, sus experiencias de vida, la sabiduría que tie-

nen y el aporte que son capaces de ofrecer, es un compromiso para la comunidad cristiana y para la sociedad civil, llamadas a trabajar juntas por la alianza entre las generaciones.

Dirijo un recuerdo particular a los *abuelos y a las abuelas*, que representan la transmisión de la fe y la sabiduría de la vida a las generaciones más jóvenes. Que sean sostenidos por la gratitud de los hijos y el amor de los nietos, que encuentran en ellos arraigo, comprensión y aliento.

15. Imploro, de manera apremiante, esperanza para los millares de *pobres*, que carecen con frecuencia de lo necesario para vivir. Frente a la sucesión de oleadas de pobreza siempre nuevas, existe el riesgo de acostumbrarse y resignarse. Pero no podemos apartar la mirada de situaciones tan dramáticas, que hoy se constatan en todas partes y no sólo en determinadas zonas del mundo. Encontramos cada día personas pobres o empobrecidas que a veces pueden ser nuestros vecinos. A menudo no tienen una vivienda, ni la comida suficiente para cada jornada. Sufren la exclusión y la indiferencia de muchos. Es escandaloso que, en un mundo dotado de enormes recursos, destinados en gran parte a los armamentos, los pobres sean «la mayor parte [...], miles de millones de personas. Hoy están presentes en los debates políticos y económicos internacionales, pero frecuentemente parece que sus problemas se plantean como un apéndice, como una cuestión que se añade casi por obligación o de manera periférica, si es que no se los considera un mero daño colateral. De hecho, a la hora de la actuación concreta, quedan frecuentemente en el último lugar».7 No lo olvidemos: los pobres, casi siempre, son víctimas, no culpables.

Llamamientos a la esperanza

16. Haciendo eco a la palabra antigua de los profetas, el Jubileo nos recuerda que *los bienes de la tierra* no están destinados a unos pocos privilegiados, sino a todos. Es necesario que cuantos poseen riquezas sean generosos, reconociendo el rostro de los hermanos que pasan necesidad. Pienso de modo particular en aquellos que carecen de agua y de alimento. El hambre es un flagelo escandaloso en el cuerpo de nuestra humanidad y nos invita a todos a sentir remordimiento de conciencia. Renuevo el llamamiento a fin de que «con el dinero que se usa en armas y otros gastos militares, constitu-yamos un Fondo mundial, para acabar de una vez con el hambre y para el desarrollo de los países más pobres, de tal modo que sus habitantes no acudan a soluciones violentas o engañosas ni necesiten abandonar sus países para buscar una vida más digna».8

Hay otra invitación apremiante que deseo dirigir en vista del Año jubilar; va dirigida a las naciones más ricas,

para que reconozcan la gravedad de tantas decisiones tomadas y determinen *condonar las deudas* de los países que nunca podrán saldarlas. Antes que tratarse de magnanimidad es una cuestión de justicia, agravada hoy por una nueva forma de iniquidad de la que hemos tomado conciencia: «Porque hay una verdadera “deuda ecológica”, particularmente entre el Norte y el Sur, relacionada con desequilibrios comerciales con consecuencias en el ámbito ecológico, así como con el uso desproporcionado de los recursos naturales llevado a cabo históricamente por algunos países».9 Como enseña la Sagrada Escritura, la tierra pertenece a Dios y todos nosotros habitamos en ella como «extranjeros y huéspedes» (Lv 25,23). Si verdaderamente queremos preparar en el mundo el camino de la paz, esforcémonos por remediar las causas que originan las injusticias, cancelemos las deudas injustas e insolutas y saciemos a los hambrientos.

17. Durante el próximo Jubileo se conmemorará un aniversario muy significativo para todos los cristianos. Se cumplirán, en efecto, *1700 años de la celebración del primer gran Concilio ecuménico de Nicea*. Conviene recordar que, desde los tiempos apostólicos, los pastores se han reunido en asambleas en diversas ocasiones con el fin de tratar temáticas doctrinales y cuestiones disciplinares. En los primeros siglos de la fe los sínodos se multiplicaron tanto en el Oriente como en el Occidente cristianos, mostrando cuánto fuese importante custodiar la unidad del Pueblo de Dios y el anuncio fiel del Evangelio. El Año jubilar podrá ser una oportunidad significativa para dar concreción a esta forma sinodal, que la comunidad cristiana advierte hoy como expresión cada vez más necesaria para corresponder mejor a la urgencia de la evangelización: que todos los bautizados, cada uno con su propio carisma y ministerio, sean corresponsables, para que por la multiplicidad de signos de esperanza testimonien la presencia de Dios en el mundo.

El Concilio de Nicea tuvo la tarea de preservar la unidad, seriamente amenazada por la negación de la plena divinidad de Jesucristo y de su misma naturaleza con el Padre. Estuvieron presentes alrededor de trescientos obispos, que se reunieron en el palacio imperial el 20 de mayo del año 325, convocados por iniciativa del emperador Constantino. Después de diversos debates, todos ellos, movidos por la gracia del Espíritu, se identificaron en el Símbolo de la fe que todavía hoy profesamos en la Celebración eucarística dominical. Los padres conciliares quisieron comenzar ese Símbolo utilizando por primera vez la expresión «Creemos»10, como testimonio de que en ese “nosotros” todas las Iglesias se reconocían en comunión, y todos los cristianos profe-

saban la misma fe.

El Concilio de Nicea marcó un hito en la historia de la Iglesia. La conmemoración de esa fecha invita a los cristianos a unirse en la alabanza y el agradecimiento a la Santísima Trinidad y en particular a Jesucristo, el Hijo de Dios, «de la misma naturaleza del Padre»11, que nos ha revelado semejante misterio de amor. Pero Nicea también representa una invitación a todas las Iglesias y comunidades eclesiales a seguir avanzando en el camino hacia la unidad visible, a no cansarse de buscar formas adecuadas para corresponder plenamente a la oración de Jesús: «Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn 17,21).

En el Concilio de Nicea se trató además el tema de la fecha de la Pascua. A este respecto, todavía hoy existen diferentes posturas, que impiden celebrar el mismo día el acontecimiento fundamental de la fe. Por una circunstancia providencial, esto tendrá lugar precisamente en el Año 2025. Que este acontecimiento sea una llamada para todos los cristianos de Oriente y de Occidente a realizar un paso decisivo hacia la unidad en torno a una fecha común para la Pascua. Muchos, es bueno recordarlo, ya no tienen conocimiento de las disputas del pasado y no comprenden cómo puedan subsistir divisiones al respecto.

Anclados en la esperanza

18. La esperanza, junto con la fe y la caridad, forman el tríptico de las “virtudes teologales”, que expresan la esencia de la vida cristiana (cf. 1 Co 13,13; 1 Ts 1,3). En su dinamismo inseparable, la esperanza es la que, por así decirlo, señala la orientación, indica la dirección y la finalidad de la existencia cristiana. Por eso el apóstol Pablo nos invita a “alegrarnos en la esperanza, a ser pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración” (cf. Rm 12,12). Sí, necesitamos que “sobreabunde la esperanza” (cf. Rm 15,13) para testimoniar de manera creíble y atrayente la fe y el amor que llevamos en el corazón; para que la fe sea gozosa y la caridad entusiasta; para que cada uno sea capaz de dar aunque sea una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, sabiendo que, en el Espíritu de Jesús, esto puede convertirse en una semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe. Pero, ¿cuál es el fundamento de nuestra espera? Para comprenderlo es bueno que nos detengamos en las razones de nuestra esperanza (cf. 1 P 3,15).

19. «Creo en la *vida eterna*»12: así lo profesa nuestra fe y la esperanza cristiana encuentra en estas palabras una

Hacia el Jubileo - Bula de convocación del Jubileo Ordinario del Año 20

VIENE DE LA PÁGINA 7

base fundamental. La esperanza, en efecto, «es la virtud teologal por la que aspiramos [...] a la vida eterna como felicidad nuestra».¹³ El Concilio Ecuménico Vaticano II afirma: «Cuando [...] faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas —es lo que hoy con frecuencia sucede—, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación».¹⁴ Nosotros, en cambio, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Vivamos por tanto en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él. Es con este espíritu que hacemos nuestra la ardiente invocación de los primeros cristianos, con la que termina la Sagrada Escritura: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20).

20. Jesús muerto y resucitado es el centro de nuestra fe. San Pablo, al enunciar en pocas palabras este contenido —utiliza sólo cuatro verbos—, nos transmite el “núcleo” de nuestra esperanza: «Les he transmitido en primer lugar, lo que yo mismo recibí: Cristo murió por nuestros pecados, conforme a la Escritura. Fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo con la Escritura. Se apareció a Pedro y después a los Doce» (1 Co 15,3-5). Cristo murió, fue sepultado, resucitó, se apareció. Por nosotros atravesó el drama de la muerte. El amor del Padre lo resucitó con la fuerza del Espíritu, haciendo de su humanidad la primicia de la eternidad para nuestra salvación. La esperanza cristiana consiste precisamente en esto: ante la muerte, donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, «la vida no termina, sino que se transforma»¹⁵ para siempre. En el Bautismo, en efecto, sepultados con Cristo, recibimos en Él resucitado el don de una vida nueva, que derriba el muro de la muerte, haciendo de ella un pasaje hacia la eternidad.

Y si bien, frente a la muerte —dolorosa separación que nos obliga a dejar a nuestros seres más queridos— no cabe discurso alguno, el Jubileo nos ofrecerá la oportunidad de redescubrir, con inmensa gratitud, el don de esa vida nueva recibida en el Bautismo, capaz de transfigurar su dramaticidad. En el contexto jubilar, es significativo reflexionar sobre cómo se ha comprendido este misterio desde los

primeros siglos de nuestra fe. Por ejemplo, los cristianos, durante mucho tiempo construyeron la pila bautismal de forma octogonal, y todavía hoy podemos admirar muchos bautisterios antiguos que conservan dicha forma, como en San Juan de Letrán en Roma. Esto indica que en la fuente bautismal se inaugura el octavo día, es decir, el de la resurrección, el día que va más allá del tiempo habitual, marcado por la sucesión de las semanas, abriendo así el ciclo del tiempo a la dimensión de la eternidad, a la vida que dura para siempre. Esta es la meta a la que tendemos en nuestra peregrinación terrena (cf. Rm 6,22).

El testimonio más convincente de esta esperanza nos lo ofrecen los mártires, que, firmes en la fe en Cristo resucitado, supieron renunciar a la vida terrena con tal de no traicionar a su Señor. Ellos están presentes en todas las épocas y son numerosos, quizás más que nunca en nuestros días, como confesores de la vida que no tiene fin. Necesitamos conservar su testimonio para hacer fecunda nuestra esperanza.

Estos mártires, pertenecientes a las diversas tradiciones cristianas, son también semillas de unidad porque expresan el ecumenismo de la sangre. Durante el Jubileo, por lo tanto, mi vivo deseo es que haya una celebración ecuménica donde se ponga de manifiesto la riqueza del testimonio de estos mártires.

21. ¿Qué será de nosotros, entonces, después de la muerte? Más allá de este umbral está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito. Lo que ahora vivimos en la esperanza, después lo veremos en la realidad. San Agustín escribía al respecto: «Cuando me haya unido a Ti con todo mi ser, nada será para mí dolor ni pena. Será verdadera vida mi vida, llena de Ti».¹⁶ ¿Qué caracteriza, por tanto, esta comunión plena? El ser felices. La felicidad es la vocación del ser humano, una meta que atañe a todos.

Pero, ¿qué es la felicidad? ¿Qué felicidad esperamos y deseamos? No se trata de una alegría pasajera, de una satisfacción efímera que, una vez alcanzada, sigue pidiendo siempre más, en una espiral de avidez donde el espíritu humano nunca está satisfecho, sino que más bien siempre está más vacío. Necesitamos una felicidad que se realice definitivamente en aquello que nos plenifica, es decir, en el amor, para poder exclamar, ya desde ahora: Soy amado, luego existo; y existiré por siempre en el Amor que no defrauda y del que nada ni nadie podrá separarme jamás. Recordemos una vez más las palabras del Apóstol:

«Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rm 8,38-39).

22. Otra realidad vinculada con la vida eterna es el juicio de Dios, que tiene lugar tanto al culminar nuestra existencia terrena como al final de los tiempos. Con frecuencia, el arte ha intentado representarlo —pensemos en la obra maestra de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina— acogiendo la concepción teológica de su tiempo y transmitiendo a quien observa un sentimiento de temor. Aunque es justo disponernos con gran conciencia y seriedad al momento que recapitula la existencia, al mismo tiempo es necesario hacerlo siempre desde la dimensión de la esperanza, virtud teologal que sostiene la vida y hace posible que no caigamos en el miedo. El juicio de Dios, que es amor (cf. 1 Jn 4,8.16), no podrá basarse más que en el amor, de manera especial en cómo lo hayamos ejercitado respecto a los más necesitados, en los que Cristo, el mismo Juez, está presente (cf. Mt 25,31-46). Se trata, por lo tanto, de un juicio diferente al de los hombres y los tribunales terrenales; debe entenderse como una relación en la verdad con Dios amor y con uno mismo en el corazón del misterio insondable de la misericordia divina. En este sentido, la Sagrada Escritura afirma: «Tú enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser amigo de los hombres y colmaste a tus hijos de una feliz esperanza, porque, después del pecado, das lugar al arrepentimiento [...] y, al ser juzgados, contamos con tu misericordia» (Sb 12,19.22). Como escribía Benedicto XVI, «en el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría».¹⁷

El Juicio, entonces, se refiere a la salvación que esperamos y que Jesús nos ha obtenido con su muerte y resurrección. Por lo tanto, está dirigido a abrirnos al encuentro definitivo con Él. Y dado que no es posible pensar en ese contexto que el mal realizado quede escondido, este necesita ser purificado, para permitirnos el paso definitivo al amor de Dios. Se comprende en este sentido la necesidad de rezar por quienes han finalizado su camino terreno; solidarizándose en la intercesión orante que encuentra su propia eficacia en la comunión de los santos, en el vínculo común que nos une con Cristo, primogénito de la creación. De esta manera la indulgencia jubilar, en virtud de la oración, está destinada en particular a los que nos han prece-

dido, para que obtengan plena misericordia.

23. La indulgencia, en efecto, permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término “misericordia” era intercambiable con el de “indulgencia”, precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites.

El sacramento de la Penitencia nos asegura que Dios quita nuestros pecados. Resuenan con su carga de consuelo las palabras del Salmo: «Él perdona todas tus culpas y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de amor y de ternura. [...] El Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran miseri-



cordia; [...] no nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas. Cuanto se alza el cielo sobre la tierra, así de inmenso es su amor por los que lo temen; cuanto dista el oriente del occidente, así aparta de nosotros nuestros pecados» (Sal 103,3-4.8.10-12). La Reconciliación sacramental no es sólo una hermosa oportunidad espiritual, sino que representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno. En ella permitimos que Señor destruya nuestros pecados, que sane nuestros corazones, que nos levante y nos abrace, que nos muestre su rostro tierno y compasivo. No hay mejor manera de conocer a Dios que dejándonos reconciliar con Él (cf. 2 Co 5,20), experimentando su perdón. Por eso, no renunciemos a la Confesión, sino redescubramos la belleza del sacramento de la sanación y la alegría, la belleza del perdón de los pecados.

Sin embargo, como sabemos por ex-

confundit

perencia personal, el pecado “deja huella”, lleva consigo unas consecuencias; no sólo exteriores, en cuanto consecuencias del mal cometido, sino también interiores, en cuanto «todo pecado, incluso venial, entrafia apego desordenado a las criaturas que es necesario purificar, sea aquí abajo, sea después de la muerte, en el estado que se llama Purgatorio».¹⁸ Por lo tanto, en nuestra humanidad débil y atraída por el mal, permanecen los “efectos residuales del pecado”. Estos son removidos por la indulgencia, siempre por la gracia de Cristo, el cual, como escribió san Pablo VI, es «nuestra “indulgencia”».¹⁹ La Penitenciaría Apostólica se encargará de emanar las disposi-

ranza del corazón que proviene de la misericordia del Padre. Quisiera que los obispos aprovecharan su valioso servicio, enviándolos especialmente allí donde la esperanza se pone a dura prueba, como las cárceles, los hospitales y los lugares donde la dignidad de la persona es pisoteada; en las situaciones más precarias y en los contextos de mayor degradación, para que nadie se vea privado de la posibilidad de recibir el perdón y el consuelo de Dios.

24. La esperanza encuentra en la *Madre de Dios* su testimonio más alto. En ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida. Como toda madre, cada vez que María miraba

ris, un título expresivo de la esperanza cierta de que, en los borrascosos acontecimientos de la vida, la Madre de Dios viene en nuestro auxilio, nos sostiene y nos invita a confiar y a seguir esperando.

A este respecto, me es grato recordar que el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en la Ciudad de México se está preparando para celebrar, en el 2031, los 500 años de la primera aparición de la Virgen. Por medio de Juan Diego, la Madre de Dios hacía llegar un revolucionario mensaje de esperanza que aún hoy repite a todos los peregrinos y a los fieles: «¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu madre?».²⁰ Un mensaje similar se graba en los corazones en tantos santuarios marianos esparcidos por el mundo, metas de numerosos peregrinos, que confían a la Madre de Dios sus preocupaciones, sus dolores y sus esperanzas. Que en este Año jubilar los santuarios sean lugares santos de acogida y espacios privilegiados para generar esperanza. Invito a los peregrinos que vendrán a Roma a detenerse a rezar en los santuarios marianos de la ciudad para venerar a la Virgen María e invocar su protección. Confío en que todos, especialmente los que sufren y están atribulados, puedan experimentar la cercanía de la más afectuosa de las madres que nunca abandona a sus hijos; ella que para el santo Pueblo de Dios es «signo de esperanza cierta y de consuelo».²¹

25. Mientras nos acercamos al Jubileo, volvamos a la Sagrada Escritura y sintamos dirigidas a nosotros estas palabras: «Nosotros, los que acudimos a él, nos sentimos poderosamente estimulados a aferrarnos a la esperanza que se nos ofrece. Esta esperanza que nosotros tenemos es como un ancla del alma, sólida y firme, que penetra más allá del velo, allí mismo donde Jesús entró por nosotros, como precursor» (*Hb* 6,18–20). Es una invitación fuerte a no perder nunca la esperanza que nos ha sido dada, a abrazarla encontrando refugio en Dios.

La imagen del ancla es sugestiva para comprender la estabilidad y la seguridad que poseemos si nos encomendamos al Señor Jesús, aun en medio de las aguas agitadas de la vida. Las tempestades nunca podrán prevalecer, porque estamos anclados en la esperanza de la gracia, que nos hace capaces de vivir en Cristo superando el pecado, el miedo y la muerte. Esta esperanza, mucho más grande que las satisfacciones de cada día y que las mejoras de las condiciones de vida, nos transporta más allá de las pruebas y nos exhorta a caminar sin perder de vista la grandeza de la meta a la que hemos sido llamados, el cielo.

El próximo Jubileo, por tanto, será un Año Santo caracterizado por la esperanza que no declina, la esperanza

en Dios. Que nos ayude también a recuperar la confianza necesaria —tanto en la Iglesia como en la sociedad— en los vínculos interpersonales, en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de toda persona y en el respeto de la creación. Que el testimonio creyente pueda ser en el mundo levadura de genuina esperanza, anuncio de cielos nuevos y tierra nueva (cf. *2 P* 3,13), donde habite la justicia y la concordia entre los pueblos, orientados hacia el cumplimiento de la promesa del Señor.

Dejémonos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para cuantos la desean. Que nuestra vida pueda decirles: «Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y espera en el Señor» (*Sal* 27,14). Que la fuerza de esa esperanza pueda colmar nuestro presente en la espera confiada de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la alabanza y la gloria ahora y por los siglos futuros.

Dado en Roma, en San Juan de Letrán, el 9 de mayo, Solemnidad de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, del año 2024, duodécimo de Pontificado.

FRANCISCO

Notas

1 Sermón 198, 2.

2 Cf. *Fuentes Franciscanas*, n. 263, 6.10.

3 Cf. *Misericordiae Vultus, Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia*, nn. 1–3.

4 Const. past. *Gaudium et spes*, n. 4.

5 Carta enc. *Laudato si'*, n. 50.

6 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2267.

7 Carta enc. *Laudato si'*, n. 49.

8 Carta enc. *Fratelli tutti*, n. 262.

9 Carta enc. *Laudato si'*, n. 51.

10 *Símbolo niceno*: H. Denzinger – A. Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, n. 125.

11 *Ibid.*

12 *Símbolo de los Apóstoles*: H. Denzinger – A. Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, n. 30.

13 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1817.

14 Const. past. *Gaudium et spes*, n. 21.

15 Misal Romano, *Prefacio de difuntos I*.

16 *Confesiones X*, 28.

17 Carta enc. *Spe salvi*, n. 47.

18 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1472.

19 Carta ap. *Apostolorum limina* (23 mayo 1974), II.

20 *Nican Mopohua*, n. 119.

21 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 68.



ciones para poder obtener y hacer efectiva la práctica de la indulgencia jubilar.

Esa experiencia colma de perdón no puede sino abrir el corazón y la mente a *perdonar*. Perdonar no cambia el pasado, no puede modificar lo que ya sucedió; y, sin embargo, el perdón puede permitir que cambie el futuro y se viva de una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza. El futuro iluminado por el perdón hace posible que el pasado se lea con otros ojos, más serenos, aunque estén aún surcados por las lágrimas.

Durante el último Jubileo extraordinario instituí los *Misioneros de la Misericordia*, que siguen realizando una misión importante. Que durante el próximo Jubileo también ejerciten su ministerio, devolviendo la esperanza y perdonando cada vez que un pecador se dirige a ellos con corazón abierto y espíritu arrepentido. Que sigan siendo instrumentos de reconciliación y ayuden a mirar el futuro con la espe-

a su Hijo pensaba en el futuro, y ciertamente en su corazón permanecían grabadas esas palabras que Simeón le había dirigido en el templo: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón». (*Lc* 2,34–35). Por eso, al pie de la cruz, mientras veía a Jesús inocente sufrir y morir, aun atravesada por un dolor desgarrador, repetía su “sí”, sin perder la esperanza y la confianza en el Señor. De ese modo ella cooperaba por nosotros en el cumplimiento de lo que había dicho su Hijo, anunciando que «debía sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar después de tres días» (*Mc* 8,31), y en el tormento de ese dolor ofrecido por amor se convertía en nuestra Madre, Madre de la esperanza. No es casual que la piedad popular siga invocando a la Santísima Virgen como *Stella ma-*

Entrevista al padre custodio de los Lugares Santos: las heridas de la guerra, la hipó

En Tierra Santa se necesita un lidera

ANDREA TORNIELLI

Oración e intercesión. Permanecer, a pesar de todo, en medio de los combates, para dar testimonio del anuncio pascual y de la conciencia de que el mal ya ha sido derrotado. Esto es lo que se desprende de las palabras del padre Francesco Patton, custodio de Tierra Santa, en esta entrevista con los medios vaticanos.

Padre Francesco, ¿cómo es el ambiente en Jerusalén estos días?

Desde el 7 de octubre, se respira un aire muy pesado porque es como si se hubiera roto un equilibrio dentro del Estado de Israel entre el componente judío-israelí y el componente árabe/palestino-israelí. Y también el equilibrio que para bien o para mal había entre Israel y Cisjordania: había posibilidad de ir y venir, sin mayores problemas, y además para los palestinos de Cisjordania era bastante fácil venir a trabajar. La gente abandonó Gaza para ir a trabajar a los kibutzim cercanos. Era posible salir para venir a Jerusalén y recibir tratamiento con terapias que no se administraban en Gaza. Tras el atentado del 7 de octubre, todos estos equilibrios se rompieron. Ahora, dentro del propio Estado de Israel, el componente judío-israelí ha comenzado a mirar con desconfianza al componente árabe-israelí y el componente árabe-israelí ha comenzado a sentirse cada vez más inseguro incluso en el lugar de trabajo y en la vida cotidiana, incluso caminando por la calle. Varios de nuestros cristianos me han dicho: "Cuando voy por la ciudad, en Jerusalén, evito hablar árabe". Esto dice mucho del clima que se ha creado.

¿Cómo vivió la tragedia de los rehenes secuestrados por Hamás?

La situación de los rehenes ha puesto a prueba a estas familias, que casi todas, salvo raras excepciones, se caracterizan por una mentalidad muy abierta: no eran familias hostiles hacia el componente palestino en Israel o Cisjordania, al contrario. Su sufrimiento ha sido y sigue siendo terrible, mientras hay una triste cuenta atrás preguntándose cuántos siguen con vida.

¿Y por lo que se refiere a la tragedia en Gaza?

El componente palestino obviamente se solidariza con Gaza: pertenecen al mismo pueblo y sufren al ver tanta destrucción: 35.000 muertos, de ellos probablemente más de 15.000 son niños, y no sabemos cuántos siguen bajo los escombros... Destrucción sistemática. Esto creó una sensación de frustración, ira, un conflicto interno. Entonces, no olvidemos que hay incluso cristianos, especialmente de Galilea, que forman parte del ejército y luchan en Gaza. Hay incomodidad y gran dificultad para abordar

estas cuestiones incluso para nosotros, cristianos de Tierra Santa, porque somos muy conscientes del sufrimiento que existe en ambos lados. Nos damos cuenta de los aciertos y los errores de ambas partes. Queremos que esta guerra termine, porque de lo contrario el surco del odio se hace cada día más profundo y volver a unir las piezas después será muy difícil.

En los últimos meses también hemos sido testigos de la escalada de actos violentos por parte de los colonos.

En Cisjordania hemos asistido a un estallido sin precedentes: si antes sus acciones eran un poco más controladas, durante estos seis meses, no. También sabemos que varios miles de palestinos de la West Bank han sido encarcelados bajo detención administrativa: es decir, esencialmente sin derechos. Y también hay varios cientos de palestinos que han sido asesinados en Cisjordania, durante operaciones militares, de colonos o de otro tipo y, por tanto, no en circunstancias vinculadas a ataques, atentados o en cualquier caso a acciones violentas, sino también en la vida cotidiana: agricultores que iban a recoger aceitunas y se encontraron con unos colonos que luego los fusilaron. Tomará mucho tiempo superar este tipo de herida, porque la dimensión emocional en este conflicto fue muy fuerte.

Volviendo al 7 de octubre: ¿qué explicación se puede dar a lo ocurrido?

Lo ocurrido el 7 de octubre será necesario estudiarlo y explorarlo, porque los mismos periódicos israelíes han acusado tanto al gobierno como al ejército de haber ignorado los documentos que la inteligencia del ejército había proporcionado y que hablaban de una posible operación de este tipo por parte de Hamas y las señales también en los días anteriores. Creo que a Israel le conviene aclararlo.

Las consecuencias de ese brutal ataque terrorista contra civiles son las que hemos visto, es decir, la matanza en Gaza...

La reacción fue tan fuerte precisamente porque fue un shock. Incluso desde el punto de vista de las opciones militares, parece haber prevalecido la dimensión más emocional, el deseo de reafirmar una forma de supremacía militar, el deseo de reafirmar una disuasión que de alguna manera ha sido puesta en crisis y cuestionada. Se ve el deseo de decir: "En el futuro, nadie se atreverá a intentar hacer algo así otra vez".

Son hechos que dejan huellas de odio. Para reconstruir las casas basta ayuda financiera, para reconstruir la paz en los corazones se necesita mucho más tiempo.

Las heridas permanecerán por mucho tiempo; para sanar necesitarán un liderazgo iluminante, de ambas

partes, que sepa cómo trabajar para lograr la reconciliación. En Europa, durante el siglo XX, se libraron dos guerras mundiales con millones de muertos. Pero luego, en lugar de luchar por los recursos, compartieron: ésta fue la gran genialidad de Schuman, De Gasperi y Adenauer cuando decidieron crear la Comunidad del Carbón y del Acero. Es un camino que ha garantizado a Europa una temporada de paz. De momento no veo la posibilidad de hacer algo similar en Israel y Palestina, porque no comparten el mismo marco cultural. Europa, para bien o para mal, hasta mediados del siglo XX, era un continente que hacía referencia a los valores cristianos y por tanto también a los valores de la reconciliación, la paz, la cooperación y otros valores similares. Aquí nos encontramos ahora frente a culturas que no dialogan tanto entre sí.

¿Qué opina de los "Acuerdos de Abraham"?

Los vi positivamente: países que estaban en posiciones diferentes por razones ideológicas y que empezaban a cooperar, aunque fuera por intereses económicos o defensivos. Para mí fue un primer paso y pensé que, una vez completados los Acuerdos de Abraham, también sería necesario abordar la cuestión palestina de manera política. En cambio, justo cuando también se estaba gestando un acuerdo con Arabia Saudita, se produjo el ataque del 7 de octubre. Una operación que no sólo sabotó los Acuerdos de Abraham, sino que en realidad hizo más difícil abordar políticamente la cuestión palestina. Y al mismo tiempo lo hizo necesario.

De hecho, incluso aquellos que pensaban que la hipótesis de los dos Estados estaba obsoleta están volviendo ahora a la que siempre ha sido la posición de la Santa Sede.

Sin duda, ahora es más difícil que hace diez o veinte años. Sin embargo, al mismo tiempo, ahora hay conciencia de que la cuestión palestina debe tener una solución política. Y, por tanto, el retorno de la teoría de los dos Estados también está ligado al hecho de que en este momento creo que no es plausible pensar en un Estado único. Cómo crear concretamente el segundo Estado, el de Palestina -porque ya existe uno, el de Israel-, sin duda necesita la contribución, ante todo, de los directamente interesados, es decir, los palestinos. El Estado de Palestina no se puede crear sobre la piel de los palestinos, porque esta operación ya se hizo en su momento y no funcionó. Deben estar involucrados. Entonces necesitamos que los países más influyentes -principalmente Estados Unidos, pero también los países árabes del Golfo- nos ayuden a encontrar la forma adecuada. Los problemas, como sabemos, tienen solución. En su momento, Sharon, cuando decidió reti-



rar a los colonos de Gaza, también pudo ponerlo en práctica de forma concreta.

¿Cómo es posible hoy tal hipótesis?

En Cisjordania, si el Estado de Israel acepta la solución de dos Estados, tendrá que optar por la retirada de los colonos o por la integración de los colonos en un Estado palestino, del mismo modo que en Israel existe un Estado de habla árabe componente en el estado, u otra forma de estudiar de todos modos. Sabemos que los modelos de Estado son de muchos tipos, hay algunos en los que se prevén comunidades autónomas. No es algo que pueda hacerse en unos pocos meses, pero tampoco puede dejarse en manos de la indeterminación griega. Para dar esperanza también a los palestinos, también debemos fijar una fecha determinada en la que este Estado comenzará a existir y, en consecuencia, debemos fijar una hoja de ruta. Obviamente, sin embargo, primero debe terminar la guerra y también debe haber apoyo a nivel internacional porque quienes viven en Cisjordania y más aún quienes viven en Gaza se encuentran en dificultades inimaginables.

¿Cómo experimentan los cristianos lo que está sucediendo?

Los cristianos son una realidad muy diferenciada dentro de sí mismos. Por un lado, se sienten pertenecientes a un pueblo, por otro se sienten también, como cristianos, llamados a ir más allá de una visión étnica. Los cristianos también están sufriendo mucho en este momento porque se encuentran en el medio y son tirados por ambos lados. Hay quienes, en ambos lados, quisieran que los cristianos tomaran partido unilateral-

tesis de los dos Estados, el papel de los cristianos, los caminos para alcanzar la paz

zgo que trabaje para la reconciliación



El padre Patton (centro) durante la celebración del Jueves Santo en el Cenáculo de Jerusalén

gando incluso a comprar y vender vidas humanas. Lo que debemos mantener viva en este campo de batalla que es la historia es la esperanza cierta que surge del hecho de que Cristo ya venció el mal y la muerte con su Resurrección. Ser cristiano en Tierra Santa representa una vocación particular. Los cristianos aquí están estrechamente vinculados a la dimensión histórica de la revelación y la Encarnación. Que sean pocos o muchos, no importa, pero es fundamental que los cristianos de Tierra Santa ayuden siempre a toda la Iglesia a recordar la dimensión histórica del cristianismo, que es una dimensión muy importante para evitar disolver el cristianismo en formas de gnosticismo o formas de las religiones míticas.

Después del atentado del 11 de septiembre en Estados Unidos, en el Mensaje para la Jornada de la Paz de 2002, Juan Pablo II escribió: "No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón". ¿Qué importancia tienen la reconciliación y el perdón?

La reconciliación es clave. Creo que ese mensaje es absolutamente el más importante para las Jornadas de Paz que jamás haya dado un Pontífice. Y está al lado de la encíclica *Pacem in terris* de Juan XXII, que enumera cuatro pilares para construir la paz: justicia, verdad, caridad y libertad. La reconciliación, como afirma el Papa Francisco en la encíclica *Fratelli tutti*, tiene una dimensión no sólo de justicia sino también de verdad. Y por eso es necesario, para seguir un camino de reconciliación, poder también llamar a las cosas por su nombre. Lo mismo ocurre con el perdón. El perdón no es una amnistía, no es fingir que no pasó nada. Perdonar significa asumir sobre uno mismo todas las consecuencias negativas, del sufrimiento, del mal, que el mal produce. Cuando pensamos en el perdón, pensamos en Cristo en la cruz, en la cruz que perdona. Para perdonar, debo aceptar el tipo de sufrimiento que me permite no reaccionar. A la bofetada, como hizo Jesús en la hora de su Pasión, no respondo con una bofetada.

¿Cómo crear un camino como éste en Tierra Santa?

Será muy largo porque para nosotros los cristianos la reconciliación es universal, concierne a todos. El mundo judío y el mundo musulmán tienen la categoría de reconciliación, pero se aplica principalmente dentro de su propia comunidad. Entonces, una vez más, la presencia de los cristianos se vuelve fundamental, porque lleva a superar tanto el horizonte étnico como el horizonte de la propia comunidad religiosa. Y los cristianos también deben estar dispuestos a pa-

gar el precio del sufrimiento por esto. No se puede esperar esto de todos, por eso entiendo a aquellos que no pueden más y abandonan el país como pasó en Irak, Siria, Líbano, porque temen por sus vidas o las de sus familiares. Al mismo tiempo, cuando me preguntan, especialmente los jóvenes, por qué quedarme, respondo así: "¿Su país, sin la presencia cristiana, será mejor o peor?". La respuesta que siempre me dan es: "Será peor". Los que quedan saben que tienen que pagar un precio: el precio de ser fieles a Cristo y también de dar la vida, en el sentido de que al final es eso lo que sucede.

En los últimos meses, ¿qué ha significado para usted ser Custodio de Tierra Santa?

El enfoque de la realidad ha cambiado. Antes del 7 de octubre, pensaba que era posible avanzar lentamente y hacer crecer las iniciativas de diálogo lanzadas tanto por parte del mundo judío israelí como por parte del mundo musulmán, especialmente,

más. Finalmente, traté de animar primero a los frailes, y luego al pueblo, a mantener viva la esperanza.

Ante lo que está pasando es fácil ser pesimista...

El pesimismo es falta de fe. Dejarse devorar por el pesimismo significa no creer en el poder de la Pascua. Creo en el poder de la Pascua: creo que Cristo verdaderamente ha vencido el mal y la muerte y creo que quien hoy intenta resolver los problemas de una determinada manera ya ha perdido desde el principio. Sé que quienes optan por utilizar la violencia ya han perdido de alguna manera. Porque Cristo, que murió y resucitó, nos dice que hay otra perspectiva en la que vivir y desde la que afrontar los problemas.

¿Se han sentido apoyados en estos meses de guerra?

Mucha gente se muestra cercana, nos escribe para decirnos que se acuerdan de nosotros, que rezan por noso-



El padre Francesco Patton con el Patriarca greco-ortodoxo de Jerusalén Teófilo III (foto: Custodia de Tierra Santa)

en este segundo caso, en las escuelas. En estos seis meses he visto que muchas de las iniciativas lanzadas se han "congelado" de alguna manera, y esto me lleva a decir que hay que tener paciencia en el sentido de saber esperar el momento en que sea posible reiniciarlas. Entonces sentí que el servicio de la oración, el valor de la intercesión, era mucho más importante: se trata de caminar entre dos realidades pidiéndole a Dios que de alguna manera encuentre un punto de encuentro. Muchas veces nos hemos confrontado con el Patriarca Pizzaballa, y también hemos constatado que en esta realidad no sólo están en juego las voluntades humanas, sino que hay un misterio del Mal que está en juego. Entonces siento esta necesidad de orar aún

Siempre nos sentimos muy apoyados por el Papa, porque nunca dejó de hablar de paz, aun sabiendo que era un tema impopular, aun sabiendo que fue un tema mal entendido. Y siempre se acordaba de Palestina, de Israel, de Tierra Santa... He dicho en más de una ocasión que somos en algunos aspectos unos privilegiados, porque hay muchas otras realidades que están sufriendo y que no se recuerdan como somos. Y luego nuestra Orden también nos apoyó mucho. Entonces diría que en general sentí el apoyo. Lo que tenemos y necesitaremos en los próximos tiempos, además de cercanía, también será apoyo concreto para poder ayudar a los cristianos y a la población local ante las dificultades económicas que ha traído la guerra.

mente. Los cristianos intentamos ser mujeres y hombres de paz y en general los cristianos de Tierra Santa son - me atrevo a decir - el componente culturalmente más pacífico, y por tanto el que de alguna manera podría contribuir, en el futuro, a ese camino de paz, reconciliación de la que hablábamos. Sin embargo, se sienten frustrados porque, a menudo más allá de las declaraciones oficiales y las utilizadas con fines de marketing político, el mundo judío los considera simplemente árabes y el mundo árabe no los considera suficientemente árabes por el hecho de ser cristianos. En este momento ha vuelto el deseo de emigrar. De los que viven en Gaza, creo que quedarán muy pocos, y es una pena, porque Gaza, en los Hechos de los Apóstoles, es uno de los lugares donde también floreció el monaquismo en los primeros siglos. Incluso en Cisjordania muchos están pensando en irse. Pero lo más sorprendente es que incluso en Galilea, debido al crimen organizado local, muchos están pensando en emigrar.

¿Qué significa, ante todo esto, creer en la Resurrección?

El cristiano, ante todo, cree en el mensaje de la Resurrección, pero sabe que el tiempo de la historia aún no es el tiempo de la plena comunión de todos los pueblos en la Jerusalén celestial. Estamos todavía en una fase intermedia, el tiempo de la historia es todavía un tiempo de tensiones: así se describe en los Evangelios, así se describe en las Cartas de Pablo, y así se describe en ese maravilloso texto que es el Apocalipsis, que describe el choque en la historia entre quienes siguen al Cordero inmolado y quienes siguen otras lógicas y transforman todo en mercado, lle-

Invitación del Pontífice a los responsables internacionales del movimiento “Équipes Notre-Dame”

Frente a la “tormenta cultural” que amenaza hoy a la familia cristiana

“La familia cristiana atraviesa una verdadera ‘tormenta cultural’ en esta época de cambio y se encuentra amenazada y tentada en varios frentes”. Este es el grito de alarma lanzado por el Papa Francisco durante la audiencia a los responsables internacionales del movimiento “Équipes Notre-Dame”, recibidos la mañana del 4 de mayo, en la Biblioteca Privada del Palacio Apostólico Vaticano.

Queridos hermanos y hermanas, buenos días y bienvenidos:

Me alegra encontrarme con ustedes, responsables internacionales del Movimiento “Equipos de Nuestra Señora”. Gracias por venir y, sobre todo, gracias por vuestro compromiso con las familias.

Vuestro movimiento se encuentra en constante crecimiento y está constituido por miles de equipos en todo el mundo, por muchas familias que procuran vivir el matrimonio cristiano como un don.

La familia cristiana está atravesando una verdadera “tormenta cultural” en este cambio de época y se ve amenazada y tentada desde diversos frentes. Vuestra labor, por tanto, es preciosa para la Iglesia. Ustedes acompañan de cerca a los matrimonios para que no se sientan solos en las dificultades de la vida y en su relación conyugal. De este modo, son expresión de la Iglesia “en salida”, que se muestra cercana a las situaciones y a los problemas de la gente y se compromete sin reservas por el bien de las familias de hoy y de mañana.

Acompañar a los matrimonios hoy en día constituye una verdadera misión. Salvaguardar el matrimonio significa, de hecho, salvar a la familia entera, significa salvar todas las relaciones que se generan en el matrimonio: el amor entre los cónyuges, entre padres e hijos, entre abuelos y nietos; significa salvar el testimonio de un amor que es posible y es para siempre, y en el cual a los jóvenes les cuesta creer. Los niños, en efecto, necesitan recibir de sus padres la certeza de que Dios los ha creado por amor, y de que un día también ellos podrán amar y sentirse amados como lo han hecho mamá y papá. Tengan la certeza de que la semilla del amor depositada por sus padres en los corazones de los hijos, brotará tarde o temprano.

Considero que en el mundo de hoy es muy urgente ayudar a los jóvenes a descubrir que el matrimonio cristiano es una vocación, una llamada específica que Dios dirige a un hombre y a una mujer para que puedan realizarse plenamente en su capacidad generadora, convirtiéndose en padre y madre, y brindando al mundo la gracia del sacramento que han recibido. Esta gracia es el amor de Cristo que se une al de los esposos, es su presencia entre ellos y es la

fidelidad de Dios al amor que los une. Es Él quien les da la fuerza para crecer juntos cada día y permanecer unidos.

Hoy se piensa que el éxito de un matrimonio depende sólo de la fuerza de voluntad de las personas. No es así; si lo fuera sería una carga, un yugo colocado sobre los hombros de dos pobres criaturas. El matrimonio, en cambio, es un “compás de tres”, en el que la presencia de Cristo en medio de los esposos hace posible el camino, transformando el yugo en un juego de miradas: la mirada entre los esposos, la mirada entre los esposos y Cristo. Como un juego que dura toda la vida y en el que se gana juntos si cada cual se esfuerza por cuidar la propia relación: custodiándola como un tesoro precioso y ayudándose mutuamente en la vida

Los invito a ayudarles a través de un itinerario “catecumenal” de redescubrimiento de la fe personal y de pareja, para que desde el principio aprendan a hacer un espacio a Jesús y, con Él, puedan cuidar su matrimonio.

En este sentido, vuestro trabajo junto a los sacerdotes es muy valioso ya que ustedes pueden hacer mucho en las parroquias y en las comunidades, alentando la acogida de las familias más jóvenes. Hay que recomenzar desde las nuevas generaciones para hacer fecunda la Iglesia, favoreciendo el surgimiento de muchas pequeñas Iglesias domésticas donde la gente viva un estilo de vida cristiano, donde se sienta en familiaridad con Jesús y donde se aprenda a escuchar a los que nos rodean como Jesús nos escucha a nosotros. Sean

esposos a descubrir que, a través del matrimonio, están llamados a una misión. En efecto, son ellos quienes tienen el don y la responsabilidad de construir, junto con los ministros ordenados, la comunidad eclesial.

Cuando no hay comunidades cristianas, las familias se sienten solas y la soledad hace mucho daño. Con vuestro carisma, ustedes pueden convertirse en socorristas solícitos de los necesitados, de los que están solos, de los que tienen problemas en sus familias y no saben con quién hablar, ya sea porque tienen vergüenza o han perdido la esperanza. En sus diócesis, ayuden a las familias a comprender la importancia de sostenerse mutuamente y de trabajar en conjunto; a construir comunidades donde Cristo pueda “habitar” en los hogares y en las relaciones fami-



conyugal a cruzar cada día esa puerta de acceso que es Cristo. Él mismo lo ha dicho: «Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará» (Jn 10,9).

Por ello, quisiera compartirles dos breves reflexiones: la primera se refiere a los recién casados. ¡Cuiden de ellos! Es importante que los recién casados vivan una mistagogia nupcial que los ayude a experimentar la belleza del sacramento recibiendo y una espiritualidad de pareja. En los primeros años de matrimonio es especialmente necesario descubrir la fe en el seno de la unión matrimonial; gustarla y saborearla aprendiendo a rezar juntos. Son tantos los que hoy se casan sin comprender qué relación tiene la fe con su vida matrimonial, tal vez porque antes del matrimonio nadie se los enseñó.

como llamas que encienden otras llamas a la fe, especialmente entre los matrimonios más jóvenes. No permitan que acumulen sufrimientos y heridas en la soledad de sus hogares. Ayúdenles a descubrir el oxígeno de la fe con ternura, paciencia y confianza bajo la acción del Espíritu Santo.

La segunda reflexión es sobre la importancia de la corresponsabilidad entre cónyuges y sacerdotes dentro de vuestro movimiento. Una vez que han comprendido y vivido concretamente la complementariedad de las dos vocaciones, los animo a llevarla a las parroquias, para que, a su vez, tanto laicos como sacerdotes descubran esa riqueza y esa necesidad. Esto ayudará a superar ese clericalismo que hace a la Iglesia menos fecunda y ayudará también a los

liars.

Queridos hermanos y hermanas, el próximo mes de julio tendrá lugar vuestro Encuentro Internacional en Turín. Que, en medio del camino sinodal que estamos viviendo, sea también para ustedes un tiempo de escucha del Espíritu y de preparación fecunda al servicio del Reino de Dios.

Encomendemos vuestra misión y vuestras familias a la Virgen María. Que Ella los proteja a todos ustedes, los mantenga firmes en Cristo y los haga siempre testigos de su amor. Y que en este año, dedicado a la oración, puedan hacer descubrir y redescubrir el gusto de rezar juntos en el hogar; con sencillez y en la vida cotidiana. De todo corazón los bendigo. Y les pido, por favor, que recen por mí. Gracias.

El Papa con los Primados de la Comunión Anglicana califica las guerras e injusticias como "pan podrido de cada día"

Constructores de unidad

La invitación a ser "constructores de unidad" fue dirigida por el Papa a los primados de la Comunión Anglicana, recibidos en audiencia la mañana del 2 de mayo en la Sala del Consistorio.

Dear brothers and sisters, peace to you!

Los saludo con alegría, con las palabras del Resucitado; ellas son mensajeras de esa esperanza que brota de la Resurrección y no defrauda. Así fue para los discípulos cuando estaban encerrados y asustados en el Cenáculo: en medio de su desconcierto, Jesús curó su miedo mostrando sus heridas y su costado y derramando sobre ellos su Espíritu (cfr. *Jn* 20,19-23).

También hoy, cuando los responsables del pueblo de Dios se reúnen, pueden sentirse tan atemorizados como los discípulos: pueden abandonarse a la tentación del desaliento expresándose mutuamente sus decepciones y sus expectativas incumplidas, dejándose dominar por sus preocupaciones y no evitando que se intensifiquen sus respectivas diferencias. Pero también hoy, si volvemos nuestra mirada a Cristo en vez de a nosotros mismos, encontraremos que el Resucitado está en medio de nosotros y desea darnos su paz y su Espíritu.

Agradezco a Su Gracia Justin Welby las palabras fraternas que me ha dirigido: él comenzó su servicio como arzobispo de Canterbury en el mismo periodo en el que yo iniciaba el mío como obispo de Roma. Desde entonces hemos tenido muchas ocasiones de encontrarnos, de rezar juntos, de testimoniar nuestra fe en el Señor. Este año, durante la celebración de las Vísperas en la Solemnidad de la Conversión de San Pablo, hemos conferido un mandato a varios pares de obispos católicos y anglicanos para que ejerzan juntos su ministerio, de modo que sean "para el mundo un anticipo de la reconciliación de todos los cristianos en la unidad de la única Iglesia de Cristo"¹. Querido hermano Justin, ¡gracias por esta colaboración fraterna en favor del Evangelio! Y no me olvido de Sudán del Sur: fue maravilloso, muy bonito.

El Señor nos llama a cada uno de nosotros a ser constructores de unidad y, aunque no seamos todavía una sola cosa, nuestra comunión imperfecta no debe impedirnos caminar juntos. De hecho, "las relaciones entre los cristianos [...] prevén y exigen desde ahora toda posible colaboración práctica en los diversos niveles: pastoral, cultural, social, y también en el testimonio del mensaje evangélico"². Las diferencias no disminuyen el alcance de lo que nos une: "no pueden impedir que nos reconozcamos hermanos y hermanas en Cristo por razón del Bautismo común"³. Agradezco en este sentido el trabajo realizado en los últimos cincuenta años por la Comisión Internacional Anglicano-Católica, que ha trabajado con dedicación para superar los diversos obstáculos que se interponen en el camino de la unidad, reconociendo ante todo cómo "la comuni-

ón que nos une se basa en la fe en Dios nuestro Padre, en nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu Santo; en nuestro bautismo común en Cristo; en la participación en las Sagradas Escrituras, en el Credo de los Apóstoles y en el Credo Niceno-Constantinopolitano; en la fórmula de Calcedonia y en la enseñanza de los Padres; en nuestra común herencia cristiana de muchos siglos"⁴.

Hermanos y hermanas, el tiempo pasional nos hace regresar a nuestros orígenes a través de la lectura de los Hechos de los Apóstoles. En medio de tantas páginas gloriosas de fe y fraternidad, de valentía ante la persecución, de gozosa difusión del Evangelio y de apertura a los gentiles, el autor sagrado no oculta momentos de tensión e incompreensión, nacidos a menudo de la fragilidad de los discípulos, o bien de diferentes interpretaciones de la relación con la tradición pasada. Pero a lo largo del relato, emerge cómo el verdadero protagonista es el Espíritu Santo: los Apóstoles llegan a conciliaciones y soluciones dejándole a Él la primacía. A veces olvidamos que las discusiones también animaron la primera comunidad cristiana, la de quienes habían conocido al Señor y lo habían encontrado resucitado; no debemos tener miedo a las discusiones, sino que hemos de vivirlas dejando la primacía al Paráclito. Me gusta mucho esa fórmula de los Hechos de los Apóstoles: "Nos pareció al Espíritu Santo y a nosotros". Es algo muy, muy hermoso. Orar y escucharnos unos a otros, intentar comprender el alma de los demás y preguntarnos -antes de preguntar a los demás- si hemos sido dóciles a las inspiraciones del Espíritu Santo o hemos sucumbido a nuestras opiniones personales o de grupo. Ciertamente, la perspectiva divina nunca será la de la división, nunca, la de la separación, la de la interrupción del diálogo, nunca. Por el contrario, el camino de Dios nos lleva a unirnos cada vez más vitalmente al Señor Jesús, porque sólo en comunión con Él encontraremos la plena comunión entre nosotros.

¡El mundo desgarrado de hoy necesita la manifestación del Señor Jesús! ¡Necesita conocer a Cristo! Algunos de ustedes vienen de regiones donde la guerra, la violencia y la injusticia son el deteriorado pan cotidiano de los fieles, pero incluso en los países considerados prósperos y pacíficos, no faltan sufrimientos, como la pobreza de muchos. ¿Qué podemos proponer ante todo esto, sino a Jesús, el Salvador? Darlo a conocer es nuestra misión. Siguiendo las palabras de Pedro al lisiado en la puerta del templo, lo que debemos ofrecer a nuestro tiempo frágil y necesitado no es plata y oro, sino a Cristo y el sorprendente anuncio de su Reino (cfr. *Hch* 3,6).

Queridos Primados de la Comunión Anglicana, gracias por haber elegido reunirse este año en la ciudad de los Apóstoles Pedro y Pablo. Es un don para mí sentirme cerca de las comuni-



dades que representan. Sé que el papel del obispo de Roma aún es una cuestión controvertida y divisiva entre los cristianos. Pero según la hermosa expresión del Papa Gregorio Magno, que envió a San Agustín como misionero a Inglaterra, el Obispo de Roma es *servus servorum Dei* - servidor de los servidores de Dios. Como escribió Juan Pablo II, "esta definición preserva de la mejor manera el riesgo de separar la potestad (y, en particular, el primado) del ministerio, lo cual estaría en contradicción con el significado de potestad según el Evangelio: «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» (*Lc* 22, 27)»⁵. Es necesario, entonces, entablar "un diálogo fraterno y paciente [...] dejando atrás inútiles controversias"⁶, a fin de comprender cómo puede desarrollarse el ministerio petrino como servicio de amor a todos. Gracias a Dios, se han obtenido resultados positivos en los varios diálogos ecuménicos sobre la cuestión del primado como "don que hay que compartir"⁷.

Como ustedes saben, la Iglesia católica está inmersa en un camino sinodal. Me alegro de que tantos delegados fraternos, y entre ellos un obispo de la Comunión Anglicana, participaran en la primera sesión de la Asamblea General celebrada el año pasado, y espero con alegría la participación ecuménica en la sesión de este otoño. Rezo para que entre los frutos del Sínodo se encuentre una mejor comprensión del papel del obispo de Roma. El Informe de Síntesis al final de la primera sesión pedía un estudio más profundo de la relación entre sinodalidad y primado en los diversos niveles (local, regional, universal)⁸. El trabajo más reciente de la Comisión Internacional Anglicano-católica puede ser un recurso útil a este respecto⁹.

Así pues, oremos, caminemos y trabajemos juntos, con confianza y esperanza. En la Declaración Conjunta de 2016 afirmamos: «Mientras que, como nuestros predecesores, tampoco nosotros vemos soluciones a los obstáculos que se nos presentan, no nos desanimamos. Con fe y alegría en el Espíritu Santo, confiamos en que el diálogo y el compromiso mutuo harán

más profunda nuestra comprensión y nos ayudarán a discernir la voluntad de Cristo para su Iglesia. Tenemos confianza en la gracia de Dios y en la Providencia, sabiendo que el Espíritu Santo abrirá nuevas puertas y nos guiará a toda la verdad»¹⁰. Sería un escándalo que, a causa de las divisiones, no realizáramos nuestra vocación común de dar a conocer a Cristo. En cambio, si, más allá de nuestras respectivas visiones, somos capaces de dar testimonio de Cristo con humildad y amor, será Él quien nos acerque los unos a los otros; porque, repito, «sólo este amor, que no vuelve al pasado para poner distancia o señalar con el dedo; sólo este amor, que en nombre de Dios antepone el hermano a la férrea defensa del propio sistema religioso, sólo este amor nos unirá. Primero el hermano, luego el sistema»¹¹. Primero el hermano, después el sistema. Hermanos y hermanas, gracias de nuevo por esta visita que nos permite crecer en la comunión. Ahora estaré encantado de escuchar lo que quieran decirme y de rezar con ustedes.

Notas

1 Conferimiento de mandato a los obispos de la Comisión Internacional Anglicano-Católica para la unidad y la misión, 25 de enero de 2024 (cfr *Unitatis redintegratio* 24).

2 S. Juan Pablo II, Carta Encíclica. *Ut unum sint*, 40.

3 *Declaración conciliar de Su Santidad Papa Francisco y de Su Gracia Justin Welby, arzobispo de Canterbury*, 5 de octubre de 2016.

4 ARCIC II, *La Chiesa come comunione*, 50.

5 *Ut unum sint*, 88.

6 *Ibid.*, 96.

7 ARCIC II, *The Gift of Authority*, 60.

8 Cfr *XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Una Iglesia sinodal en misión: Informe de síntesis*, I.7.h.

9 Cfr ARCIC III, *Walking Together on the Way*.

10 *Declaración conciliar*, cit.

11 *Homilía durante las vísperas de la solemnidad de la Conversión de San Pablo*, 25 de enero de 2024.

Agradecimiento del Papa al Cuerpo de la Guardia Suiza Pontificia

Buenas relaciones son el camino hacia el crecimiento y la madurez

Juntos en el tiempo libre sin aislarse con el móvil

El Papa Francisco renovó su gratitud por el servicio prestado por los Guardias Suizos Pontificios al recibirlos en audiencia con sus familias en la Sala Clementina la mañana del lunes 6 de mayo, con motivo de la fiesta del Cuerpo Militar. Publicamos, a continuación, el discurso del Pontífice.

Queridos miembros y familiares de la Guardia Suiza, distinguidas Autoridades, queridos hermanos y hermanas, queridos hijos, ¡buenos días y bienvenidos a todos!

Saludo al Comandante, a los Oficiales y a todos los miembros de la Guardia Suiza Pontificia, junto con los familiares que han venido a la celebración. Saludo con gratitud a las autoridades civiles y militares.

Este día es siempre para mí una ocasión esperada y bienvenida para expresar públicamente mi «gracias» por la presencia y el servicio de la Guardia Suiza. En primer lugar, por la presencia: una presencia que destaca por su calidad, por su estilo amable, atento, incluso escrupuloso. Y luego, por supuesto, por el servicio diario, siempre generoso y diligente.

Mi gratitud implica también afectuosamente a las familias de estos jóvenes, porque si están aquí, y si están bien educados, se debe ante todo al ambiente en el que han crecido.

Expreso calurosamente mi reconocimiento al Comandante, Sr. Christoph Graf, y a su personal, entre los cuales doy las gracias especialmente al Capellán, ¡un excelente benedictino!

Queridos Guardias, estoy contento porque sus Superiores me han comunicado varios aspectos positivos, que me gusta compartir en este momento. Existe entre ustedes un muy buen espíritu de Cuerpo, un ambiente positivo y respetuoso en el cuartel, un comportamiento cortés hacia sus superiores e invitados, a pesar de los períodos a veces largos de servicio intenso y fatigoso, debido a que ustedes están un poco debajo de la cantidad de efectivos. Demuestran un alto nivel de motivación y voluntad de servicio, y también -esto me complace enormemente- buenas relaciones entre ustedes: hacen excursiones juntos, pasan las vacaciones juntos, salen juntos a menudo. Y eso está muy bien.

En efecto, la relación es la experiencia clave para nosotros los cristianos: Jesús nos reveló y testimonió que Dios es amor, es en sí mismo relación, y en este misterio encontramos la meta y la plenitud de nuestra existencia. Las buenas relaciones son el camino de nuestro crecimiento y maduración humana y cristiana. Gran parte de lo que caracteriza nuestra personalidad lo hemos aprendido a través de las rela-



Misa del cardenal Parolin para los 34 reclutas que...

Rasgo amable y espíritu

A todo el Cuerpo de la Guardia Suiza Pontificia «deseo renovar la estima y la cercanía del Santo Padre Francisco y mía personal». Así lo ha manifestado el cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado, durante la celebración eucarística presidida la mañana del lunes 6 de mayo, en el altar de la Confesión de la basílica de San Pedro. Lo escucharon los 34 reclutas que por la tarde presentaron el solemne juramento sobre la bandera del Cuerpo en el Patio San Dámaso del Palacio Apostólico, en presencia del sustituto de la Secretaría de Estado, el arzobispo Edgar Peña Parra. Comenzó con la participación en la misa el día para los jóvenes que comienzan su servicio al Papa.

En la homilía, el cardenal Parolin se centró en tres aspectos de la experiencia cristiana evocados por las lecturas del día. En particular, dijo que el tiempo de permanencia en el Vaticano «es un camino que el Señor ha abierto para vivir el Bautismo y dar un sereno y gozoso testimonio cristiano a cuantos llegan al corazón de la Iglesia universal para visitar la tumba de Pedro y para encontrarse con su sucesor». De ahí la invitación a distinguirse «por el trato amable, por el espíritu acogedor, por la actitud caritativa hacia todos». Consideren esto, señaló el purpurado, también «en las relaciones entre ustedes, dando importancia a la vida comunitaria, a compartir los momentos felices y los más difíciles, sin ignorar o descartar a aquellos de ustedes que están en dificultades y a veces ne-



ancia



ciones con los padres, hermanos y hermanas, compañeros de escuela, profesores, amigos, compañeros de trabajo, etc.
 Por eso, la vida en la gran familia de la Guardia Suiza, durante al menos dos años de servicio, es un periodo tan importante y formativo para ustedes. No se trata sólo de un periodo de trabajo, sino de un tiempo de vida y relación, de intensa camaradería en una compañía diversa. Esta diversidad e intensidad de comunidad y de relaciones entre ustedes en el entorno diario del cuartel es para ustedes un aspecto esencial y calificador.

En esta perspectiva, los nuevos cuarteles, actualmente en proyecto, deberían contribuir de forma importante a la reunificación de los Guardias y sus familias, que actualmente se ven obligados a vivir algo dispersos por falta de espacio, y, por tanto, también al apoyo y fortalecimiento de este vínculo y sentido de familia dentro del Cuerpo. Siguiendo con la dimensión relacional, los animo a cultivar activamente la vida en comunidad. Hoy en día, el hábito de pasar el tiempo libre a solas con el computador o el teléfono móvil está muy extendido entre los jóvenes. Por eso, también les digo a ustedes, jó-

venes guardias: ¡vayan a contracorriente! Por favor, ¡a contracorriente! Es mejor utilizar su tiempo libre para actividades comunes, para conocer Roma, para momentos de fraternidad en los que contar y compartir, para hacer deporte... Estas experiencias te construyen por dentro y te acompañarán toda la vida. Queridos amigos, les deseo una feliz fiesta y les encomiendo a la protección de la Virgen María y de sus santos patronos. Sé que rezan por mí, lo sé: se lo agradezco mucho y les pido que, por favor, sigan haciéndolo. Gracias a todos.

de prestaron juramento tu acogedor



cesitan una sonrisa, una buena palabra o un gesto de aliento y amistad». El secretario de Estado ha pedido a los reclutas que nunca dejen de alimentarse espiritualmente «con la oración y la escucha de la palabra de Dios, participando en el Sacrificio eucarístico» y que se acerquen con frecuencia al sacramento de la reconciliación. Después, las invitó a cultivar «una filial devoción a María», invocando y tratando de imitar a los santos patronos Martín, Sebastián y Nicolás de Flüe, «defensor pacis et pater patriae», para que «desde el Cielo os asistan». Con el cardenal concelebraron el obispo Felix Gmür, presidente de la Conferencia Episcopal Suiza, y el abad de Einsiedeln, el benedictino Urban Federer. A la misa asistió una delegación de la

Confederación Suiza, encabezada por la presidenta Viola Amherd, con el presidente del Consejo Nacional Eric Nussbaumer y la presidenta del Consejo de Estados Brigitte Eva Herzog. También estuvo presente la delegación del cantón anfitrión de este año, Basilea Campagna, encabezada por la presidenta del Gobierno cantonal, Mónica Gschwind. En la víspera, ayer por la noche, el obispo Gmür había celebrado las vísperas en la iglesia de Santa María de la Piedad en Campo Santo Teutónico. Posteriormente, el arzobispo Peña Parra, en la plaza de los Protomártires Romanos, presidió la ceremonia de deposición de una corona en honor a los caídos el 6 de mayo de 1527 y otorgó algunas condecoraciones.

Palabras en el camino: "Encontrar"

El absoluto se juega en la proximidad

ANDREA MONDA

El sexto episodio del programa *Parole in cammino* de la Radio Vaticana se centró en el tema del encuentro. Algo que puede suceder si un hombre está dispuesto a ponerse en camino, a salir de sí mismo. El éxodo puede tomar la forma siniestra de cruzar el desierto, que puede paralizar al principio, pero luego, si se tiene el coraje de caminar, se descubre que el desierto está poblado. En el camino se "corre el riesgo" de encontrarse con otros hombres. Por lo tanto, el encuentro tiene lugar en el camino, fuera de la zona de confort. Hay una imagen, de la que se ha hablado durante la transmisión y es la de Abraham que, en los robles de Mamre, mientras estaba sentado en el umbral de la tienda, se encuentra con el Señor, en forma de la visita que recibe de tres caminantes. Es interesante notar la "posición" de Abraham: está en el umbral, esta dimensión del umbral es la dimensión del encuentro. Estar en el umbral significa no estar encerrado en casa, demasiado resguardado, encerrado en la propia zona de confort, pero tampoco «demasiado fuera», es decir, disperso en el exterior, fuera de sí, en el desierto, donde el resultado inevitable es la dispersión, la pérdida. La parada es el lugar del dinamismo, de la apertura y de la acogida.

De la Biblia al Evangelio el paso fue breve, pero antes, con la ayuda de Chiara Mancini, estudiante de Letras Antiguas, hablamos de música y literatura, poesía y cine y, en particular, nos centramos en *La Odissea*, «poema de los encuentros». Y luego se habló precisamente del otro «poema de los encuentros», es decir, el Evangelio de Jesús, según la versión de los cuatro evangelistas, que también se puede leer como el relato de los encuentros de Jesús.

De hecho, Jesús encuentra a alguien en prácticamente todas las páginas del Evangelio. O porque es él quien va al encuentro de las personas, pensemos en Zaqueo, o porque es hacia él, «al encuentro de él», que las personas se mueven, como en el caso del centurión o del joven rico. Jesús no se queda quieto, no se pone en un pedestal para enseñar, sino que desciende y se mueve hacia los demás, para crear las condiciones para que pueda nacer un encuentro, para realizar lo que decía Oscar Wilde (en un aforismo que se ha citado varias veces durante el programa): «Las cosas verdaderas de la vida no se estudian, ni se aprenden, sino que se encuentran». Porque es cierto lo que se dice, que un encuentro puede cambiar tu vida. Esta posibilidad la vemos de manera evidente precisamente en el Evangelio: pensemos en el encuentro con la mujer samaritana en el Pozo de Jacob narrado en el cuarto capítulo del Evangelio de Juan. A veces este efec-

to "performativo" no sucede, como en el caso del joven rico, o en el caso de Herodes, con quien Jesús prefiere no hablar. Herodes... y surge la pregunta: ¿pero Pilato, su encuentro con Jesús, le cambió la vida?

Ese día, ese último día, Jesús se encontró con muchas personas, Pilato, Herodes, el Sumo Sacerdote, Simón de Cirene, las mujeres de Jerusalén y, por último, los dos ladrones crucificados con él. El relato del Evangelio de Lucas parece hacer intuir que también aquí sucedió todo según el principio del libre albedrío: uno de los dos ladrones permaneció encerrado en su resentimiento, mientras que el otro se abrió a la novedad representada por ese encuentro, a punto de morir, con Jesús, el Rey que le promete acogerlo en el Paraíso. Esta escena y esteresultado ha sido narrado eficazmente con música por Fabrizio De Andrè en la canción *El testamento de Tito*, que cierra el álbum *La Buona Novella*. En esta intensa balada cantada en primera persona como recapitulación autobiográfica, escuchamos la historia de Tito, el buen ladrón, una historia compuesta por una acumulación de encuentros fallidos, relaciones rotas, heridas reci-



das, pero al final de la vida, justo en la última hora del último día, ocurre lo imprevisible, un encuentro que rescata su triste historia biográfica. Jesús el hombre de los encuentros. Hasta el final, hasta el último día e incluso después. Jesús resucitado sigue haciendo lo que había hecho durante su vida: sigue encontrando a los hombres, así lo hace en el camino hacia Emaús, cuando encuentra a los dos discípulos que huyen, decepcionados, de Jerusalén. Jesús va a su encuentro a lo largo del camino y "entra" en sus conversaciones. Los dos discípulos al principio no reconocen a Jesús en el desconocido que les habla por el camino. Pero el cristiano sabe que en cada desconocido que encuentra en su día está escondido Jesús. Cada encuentro es una «vocación». Como escribe Marilynne Robinson en la novela *Gilead*: «Esto es algo importante, que he dicho a muchas personas, y que mi padre me dijo a mí, como el suyo a él. Cuando

conoces a otra persona, cuando tratas con cualquier persona, es como si te hicieran una pregunta. Entonces tienes que pensar: ¿Qué me pide el Señor en este momento, en esta situación? (...) Esta última [la otra persona] probablemente se reiría de la idea de que el Señor te la haya enviado para tu (y su) beneficio, pero precisamente en esto consiste la perfección del disfraz: el hecho de que el otro no lo sepa».

Al igual que el filósofo judío Emmanuel Lévinas en su ensayo *La epifanía del rostro*, afirma que: «En el simple encuentro de un hombre con el Otro se juega lo esencial, lo absoluto. En la manifestación, en la "epifanía" del rostro del Otro descubro que el mundo es mío en la medida en que puedo compartirlo con el Otro. Y lo absoluto se juega en la proximidad, al alcance de mi mirada, al alcance de un gesto de complicidad o de agresividad, de acogida o de rechazo».

Presentado en la Oficina de Prensa un congreso internacional sobre deporte y espiritualidad

La esperanza propuesta con la tregua olímpica

«La tregua olímpica tiene en el mundo el impacto de la esperanza, de la semilla, del ejemplo, diciendo a todos: es posible dar un paso en la dirección de la paz, de la armonía y del respeto entre las culturas a pesar de la diversidad. No debemos subestimar el valor de los juegos porque es un símbolo, pero inspira la realidad. La tregua olímpica representa también un modelo de paz y se espera que haga fructificar esas muchas semillas de colaboración que se arrojarán en los encuentros entre los atletas». Así lo afirmó el cardenal José Tolentino de Mendonça, prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación, al presentar la mañana del 6 de mayo en la Oficina de Prensa de la Santa Sede -actualmente en via dell'Ospedale- el congreso internacional sobre deporte y espiritualidad "Poner la vida en juego", que se celebrará los días 16 y 17 de mayo en el auditorio de San Luis de los Franceses, en Roma. Seguirá el sábado 18 un evento deportivo en el Circo Máximo con un simbólico relevo solidario.

La cita, que pretende ofrecer un análisis polifacético del deporte, ha sido organizada conjuntamente por el Dicasterio y la Embajada de Francia ante la Santa Sede, con *Athletica Vaticana* como socio. Con el cardenal intervinieron en la conferencia el embajador de Francia ante la Santa Sede, Florence Mangin, el profesor de filosofía del deporte en la Universidad de Roma "Foro Itálico" Emanuele Isidori, y Arturo Mariani, entrenador y atleta paralímpico que disputó un mundial y un europeo con la selección italiana de fútbol amputados. La organización de esta conferencia, observó el cardenal, tiene como objetivo «comprender por qué el deporte es tan popular, identificar sus riesgos, evaluar su relevancia para la construcción de una sociedad más fraterna, tolerante y justa». Si se mira la historia del deporte en paralelo con la historia de la Iglesia, destacó, ha habido muchos momentos en los que ha sido una inspiración y

una metáfora para la vida de los cristianos, y «el cristianismo mismo ha enriquecido el deporte con su visión humanista». La Iglesia, continuó, no quiere controlar el deporte o crear uno alternativo, sino «humanizarlo a través de una visión cristiana». Esto, concluyó el cardenal de Mendonça, es lo que este congreso quiere explicar trayendo reflexiones desde dentro y desde fuera de la Iglesia.

Los Juegos de París 2024, puntualizó la embajadora francesa repasando las citas de Poner la vida en juego, pondrán «el acento en la inclusión y con especial atención a los más pobres. Se comprometerán a ser también duraderos, con la promoción del deporte en la vida cotidiana de los jóvenes y como medio de inclusión social».

Isidori habló de la necesidad de que la sociedad aprenda a valorar y explotar los principios intrínsecos del deporte de una manera humanizadora, destacando cómo la conferencia tiene como objetivo comprender sus raíces culturales y «apreciar su importancia en la construcción de una sociedad más fraterna, evaluar su potencial pedagógico y, sobre todo, profundizar su relevancia espiritual».

Luego tomó la palabra Arturo Mariani, entrenador y atleta paralímpico. «La decisión de mis padres de aceptar mi vida tal como era», después de recibir el diagnóstico «de que vendría al mundo con la confianza y la confianza en un diseño superior», dando forma «a mi acercamiento a la vida, y por lo tanto al deporte. Y así propuse la palabra 'proabilidad' para cambiar la percepción de las personas sobre el concepto de discapacidad». «Pro», es decir, a favor de las habilidades únicas de la persona y no más «des», «que aporta distinción, separación, exclusión». De aquí, concluyó, nació *Academy Proabile*, «fundada por mí: una isla feliz donde todos pueden expresarse a través del deporte, en función de su condición psicofísica».

Una monja y el Equipo Yak Iyamma Team en lucha contra el tráfico de seres humanos en el sur de Nigeria

En Nigeria, desde principios de los años 80, la trata de personas ha sido una realidad cruel que, lamentablemente, sigue presente hasta nuestros días. En respuesta al llamamiento de los obispos nigerianos y de los superiores mayores al pueblo de Dios, en particular a los religiosos, a unirse en la lucha contra la trata de seres humanos, sor Anthonia M. Essien HHCJ y su equipo han asumido el compromiso de crear programas de sensibilización en los pueblos rurales del estado de Akwa Ibom, en el sur de Nigeria.

OLUWAKEMI AKINLEYE

Sor Anthonia M. Essien es miembro de la Congregación de las Siervas del Santo Niño Jesús en Nigeria. Es profesora de sociología de la religión y actual vicescanciller, de la Universidad de Uyo, Nigeria. A pesar de su apretado programa de docente universitario, Sor Anthonia ha respondido a la plaga de las víctimas de la trata uniéndose de todo corazón a la lucha contra la trata de seres humanos a través de programas de sensibilización y adquisición de competencias. “Me han conmovido las historias de las víctimas. No podía dormir. Tenía que hacer algo por ellos”, afirmó sor Anthonia.

Vidas de niños y adolescentes salvadas

Desde 2021, sor Anthonia ha llevado a cabo diversas actividades pastorales en las aldeas rurales del estado de Akwa Ibom, sensibilizando a la población sobre los males de la trata de personas. Trabaja activamente en colaboración con las fuerzas del orden locales para facilitar la detención de los traficantes y garantizar que cumplan con la ley.

Recientemente, sus esfuerzos han llevado al rescate de varios niños y adolescentes que habían sido vendidos a traficantes dentro del país. “Me sorprendió saber que algunos de los niños habían sido vendidos por un adulto que conocían”, dijo la hermana Anthonia. “Mi primera respuesta, cuando el padre de dos de los niños me dijo que habían desaparecido, fue involucrar a la policía y al departamento de lucha contra la trata del Estado. Su pronta respuesta ha llevado al rescate de los niños”.

Grupo de acción comunitaria

Sor Antonia ha puesto en marcha el concepto de Grupo de Acción Comunitaria - donantes locales y partes interesadas - para involucrar a la comunidad local en el proyecto Yak Iyamma para la prevención de la trata de personas. Esto implica la formación de los líderes comunitarios y de los jóvenes, para que se conviertan en embajadores de la protección de los miembros de su comunidad local contra los traficantes y en la adquisición por parte de los jóvenes de competencias útiles para ellos como medio de subsistencia.



Gracias al apoyo de sus religiosas, a la financiación de los donantes locales y a la Fundación Arise en el Reino Unido, la Hna. Anthonia y su equipo han podido llegar a muchas personas vulnerables en las comunidades rurales de Abiaokpo Ikot

Akwa Ibom se han llevado a cabo en los mercados, calles y pueblos del interior. Sor Anthonia y su equipo fueron a encontrarse con la gente bajo el calor abrasador y las fuertes lluvias. Su objetivo era sensibilizar a la gente sobre las recientes actividades

han convertido en víctimas”, instó la hermana Anthonia. A veces, el equipo de Yak Iyama ha tenido que caminar durante horas para llegar a algunas comunidades locales, pero ha llevado a cabo estas actividades de sensibilización con alegría y regocijo.

Desafortunadamente, los traficantes de personas en Nigeria siguen golpeando a las comunidades más vulnerables y marginadas. Sin embargo, la Hna. Anthonia y su Equipo, a pesar de haber recibido muchas amenazas, se mantienen firmes en su determinación de continuar con la sensibilización de las comunidades rurales y ofrecer programas de adquisición de habilidades para empoderar a los jóvenes en la lucha contra la trata de seres humanos y en su esfuerzo por promover la protección de los menores y los más vulnerables de la sociedad.

#Sistersproject

Recientemente, sus esfuerzos han llevado al rescate de varios niños y adolescentes que habían sido vendidos a traficantes dentro del país

Abasi Inyang en el estado de Akwa Ibom. “Cada día doy gracias a Dios y rezo por todos los que apoyan este trabajo, especialmente por nuestros benefactores”, subrayó sor Anthonia.

Campañas contra la trata

Algunas de las campañas contra la trata del Yak Iyamma en el estado de

de los traficantes que roban niños y atraen a los adolescentes de la comunidad local y sobre cómo unir esfuerzos para frenar este mal. “Debemos continuar educando a nuestra gente sobre las diversas formas en que los traficantes de personas los engañan y nuestras voces deben ser más fuertes, especialmente donde algunos miembros de la comunidad se

Oración del Papa por Rio Grande do Sul afectada por inundaciones

Este 5 de mayo, después de rezar la oración mariana del Regina Coeli, el Santo Padre manifestó su cercanía y elevó sus oraciones por las poblaciones del estado de Rio Grande do Sul, en Brasil, afectadas por grandes inundaciones, que desde el pasado 2 de mayo han anegado ciudades, destruido carreteras y dejado más de 55 muertos, 74 desaparecidos y 107 heridos, así como 17.000 personas sin hogar.

“Que el Señor acoja a los difuntos y consuele a los familiares y a quienes han tenido que abandonar sus hogares”, lo dijo el Papa Francisco después de rezar la oración mariana del Regina Colei de este VI Domingo de Pascua, al asegurar su cercanía y oraciones a las poblaciones del estado de Rio Grande do Sul, en Brasil, afectadas por grandes

inundaciones. Los aluviones que han anegado ciudades, destruido carreteras y dejado más de 55 muertos, 74 aún desaparecidos y 107 heridos, así como 17.000 personas sin hogar principalmente en las regiones del Valle de Taquari y Serra Gaúcha de Rio Grande do Sul, se han extendido a la región metropolitana de Porto Alegre, en Brasil. Desde el jueves 2 de mayo, las aguas han invadido las calles del centro histórico de la ciudad y la estación de autobuses de la capital, a pesar de que se cerraron las compuertas del río Guaíba.

El nivel del río, que baña la capital, ha superado el nivel de inundación, llegando a más de 4 metros, el nivel más alto del Guaíba desde 1941, cuando Porto Alegre vivió la mayor inundación de su historia.

En la catequesis el Papa reflexiona sobre la segunda virtud teologal

Hacen falta esperanza y paciencia para ser tejedores del bien



“Es necesaria la esperanza para tejer el bien y construir la paz”. Lo dijo el Papa en la audiencia general de la mañana del miércoles 8 de mayo, en la Plaza de San Pedro. Continuando el ciclo de catequesis sobre el tema de los vicios y las virtudes, el Pontífice se detuvo en la segunda de las virtudes teologales, la de la esperanza, que “si falta, todas las demás corren el riesgo de desmoronarse y acabar en cenizas”. Publicamos, a continuación, su reflexión.

Queridos hermanos y hermanas:

En la última catequesis empezamos a reflexionar sobre las virtudes teologales. Son tres: la fe, la esperanza y la caridad. La vez pasada reflexionamos sobre la fe, hoy es el turno de la esperanza.

«La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1817). Estas palabras nos confirman que la esperanza es la respuesta que se ofrece a nuestro corazón cuando surge en nosotros la pregunta absoluta: «¿Qué será de mí? ¿Cuál es la meta del viaje? ¿Cuál es el destino del mundo?».

Todos nos damos cuenta de que una respuesta negativa a estas preguntas produce tristeza. Si el viaje de la vida no tiene sentido, si no hay nada ni al principio ni al final, entonces nos preguntamos por qué tenemos que caminar: de ahí surge la desesperación humana, la sensación de la inutilidad de todo. Y muchos podrían rebelarse: me he esforzado por ser virtuoso, por ser prudente, justo, fuerte, templado. También he sido un hombre o una mujer de fe.... ¿De qué ha servido mi lucha si todo se acaba aquí? Si falta la esperanza, todas las demás

virtudes corren el riesgo de desmoronarse y acabar en cenizas. Si no hubiera un mañana fiable, un horizonte luminoso, solamente podríamos concluir que la virtud es un esfuerzo inútil. «Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente.», decía Benedicto XVI, (Carta encíclica *Spe salvi*, 2).

El cristiano tiene esperanza no por mérito propio. Si cree en el futuro, es porque Cristo murió, resucitó y nos dio su Espíritu. «Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente» (*ibid.*, 1). En este sentido, una vez más, decimos que la esperanza es una virtud teologal: no emana de nosotros, no es una obstinación de la que queremos convencernos, sino que es un don que viene directamente de Dios.

A muchos cristianos dubitativos, que no habían renacido del todo a la esperanza, el apóstol Pablo les presenta la nueva lógica de la experiencia cristiana: «Si Cristo no resucitó, vana es la fe de ustedes y ustedes siguen en sus pecados. Por tanto, también los que durmieron en Cristo perecieron. Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, ¡somos los más dignos de compasión de todos los hombres!» (1 Cor 15,17-19). Es como si dijera: si crees en la resurrección de Cristo, entonces sabes con certeza que no hay derrota ni muerte para siempre. Pero si no crees en la resurrección de Cristo, entonces todo se vuelve vacío, incluso la predicación de los Apóstoles.

La esperanza es una virtud contra la que pecamos a menudo: en nuestras nostalgias malas, en nuestras melancolías, cuando pensamos que las felicidades pasadas están

enterradas para siempre. Pecamos contra la esperanza cuando nos abatimos ante nuestros pecados, olvidando que Dios es misericordioso y más grande que nuestros corazones. No lo olvidemos, hermanos y hermanas: Dios perdona todo, Dios perdona siempre. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Pero no olvidemos esta verdad: Dios lo perdona todo, Dios perdona siempre. Pecamos contra la esperanza cuando nos abatimos ante nuestros pecados; pecamos contra la esperanza cuando en nosotros el otoño anula la primavera; cuando el amor de Dios deja de ser para nosotros un fuego eterno y nos falta la valentía de tomar decisiones que nos comprometen para toda la vida.

¡El mundo de hoy tiene tanta necesidad de esta virtud cristiana! El mundo necesita esperanza, como también necesita tanto la paciencia, virtud que camina de la mano de la esperanza. Los seres humanos pacientes son tejedores de bien. Desean obstinadamente la paz, y aunque algunos tienen prisa y quisieran todo y todo ya, la paciencia tiene capacidad de espera. Incluso cuando muchos a su alrededor han sucumbido a la desilusión, quien está animado por la esperanza y es paciente es capaz de atravesar las noches más oscuras. La esperanza y la paciencia van juntas.

La esperanza es la virtud de quien tiene un corazón joven; y aquí, la edad no cuenta. Porque existen también ancianos con los ojos llenos de luz, que viven una tensión permanente hacia el futuro. Pensemos en aquellos dos grandes ancianos del Evangelio, Simeón y Ana: nunca se cansaron de esperar, y vieron el último tramo de su camino bendecido por el encuentro con

el Mesías, a quien reconocieron en Jesús, llevado al Templo por sus padres. ¡Qué gracia si fuera así para todos nosotros! Si, después de una larga peregrinación, al dejar las alforjas y el bastón, nuestro corazón se llenara de una alegría que nunca antes habíamos sentido, y nosotros también pudiéramos exclamar:

«Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2,29-32).

Hermanos y hermanas, sigamos adelante y pidamos la gracia de tener esperanza, la esperanza con la paciencia. Mirar siempre hacia ese encuentro definitivo; pensar siempre que el Señor está cerca de nosotros, que nunca, ¡nunca la muerte será victoriosa! Sigamos adelante y pidamos al Señor que nos dé esta gran virtud de la esperanza, acompañada por la paciencia. Gracias.

En el día en que “la Iglesia eleva la oración de ‘Súplica’ a Nuestra Señora del Rosario de Pompeya”, Francisco invita “a todos a invocar la intercesión de María, para que el Señor conceda la paz al mundo entero, especialmente a la querida y martirizada Ucrania, a Palestina e Israel, a Myanmar”. En la audiencia general el Papa reiteró la fuerte connotación mariana del mes dedicado a la Virgen, en particular el 8 de mayo, fecha en la que la devoción popular en Italia la rinde homenaje en la ciudadela fundada por el beato Bartolo Longo, y en Argentina la venera en el santuario de Luján. “Hoy en mi patria -dijo Bergoglio en su lengua materna, saludando a los fieles de lengua española- se celebra la solemnidad de Nuestra Señora de Luján, cuya imagen está aquí presente. Recemos por Argentina, para que el Señor la ayude en su camino”, añadió, depositando a continuación una ofrenda floral a los pies de la estatua colocada en la Plaza de San Pedro. El Obispo de Roma confía así a la Madre celestial sus expectativas de reconciliación para los pueblos afectados por problemas como el de su patria o el drama de la guerra.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Que el Señor acrezca nuestra esperanza y nuestra paciencia, para ser artesanos de paz y de bien en el mundo que tiene mucha necesidad de la virtud. Hoy en mi patria, en Argentina, se celebra la solemnidad de Nuestra Señora de Luján, cuya imagen está aquí presente. Pidamos por Argentina, para que el Señor la ayude en su camino. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.